

AÑO III.—N^{os} 1 y 2.—NOVIEMBRE DE 1919

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTOR :

EDUARDO ZULETA

Agente General:

CARLOS A. MOLINA

Secretario de la Corporación.

CONTENIDO:

La verdadera gloria de Colón, por <i>Tulio Ospina</i>	1
Datos Históricos, por <i>Eduardo Zuleta</i>	13
La entrevista de Guayaquil, por <i>José Manuel Goenaga</i>	17
Discurso del Dr. Laureano Vallenilla Lanz en la celebración del Centenario de Boyacá, en Caracas.....	31
Un sacerdote prócer y sabio, por <i>Tomás Cadavid Restrepo</i>	50
Bibliografía, por <i>Tomás Cadavid Restrepo</i>	61
Un gran sacerdote, por <i>Ramón Correa</i>	64
D. Francisco A Campuzano, por <i>Eduardo Zuleta</i>	67
Bibliografía, por <i>Eduardo Zuleta</i>	69
Pedro María Ibáñez, por <i>J. Restrepo Laverde</i>	71
Historia, por <i>José J. Zapata A</i>	74
Fredonia, por <i>Julio César García</i>	81
Correspondencia.....	83
Academia Antioqueña de Historia.....	85

IMPRENTA OFICIAL. MEDELLÍN

Director, *Ricardo Jaramillo R.*

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director, EDUARDO ZULETA

Presidente de la Academia.

AÑO 3º

MEDELLÍN, NBRE. DE 1919

Ns. 1 y 2

ESTUDIO

LEÍDO POR D. TULIO OSPINA EN LA SESIÓN SOLEMNE DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA, CELEBRADA EL 12 DE OCTUBRE DE 1919.

LA VERDADERA GLORIA DE COLON

Difícil tarea me impuso nuestra Academia de la Historia, al designarme para contribuir a la celebración del aniversario del descubrimiento de América con un estudio relativo al acontecimiento que se rememora; tema agotado desde hace muchos años y que en esencia no es otro que la vida de Colón, cuya literatura constituye una copiosa biblioteca, casi en su totalidad apologética; de suerte que a los que llegamos a última hora sólo nos quedan por señalar las sombras del cuadro.

Labor ingrata es esta, pero necesaria; porque el prurito de justificar y ensalzar todos los actos del insigne descubridor—desautorizando con ello lo mucho que con justicia se puede decir en su favor ha dado asidero para su apasionada empresa a cierta escuela que tiene por consigna el deprimir a los grandes hombres de la raza latina. Reconozcamos honradamente lo que hay de flaquezas y errores en la vida de Colón, y así resaltará mejor su maravillosa actuación en todo lo relativo al descubrimiento de América. Esto sin con-

tar con que la misión de la historia no es forjar héroes y semidioses mitológicos, sino pintar a los personajes que en ella figuran tal como fueron.

Desde luego hay qué confesar que mientras más se escribe sobre la historia del gran descubridor, mayor confusión se introduce en sus detalles; y hoy todavía se discute si nació en 1430, o en una de varias fechas, hasta 1445; si vio la luz en Génova, en Pontevedra de Galicia, o en alguna de las otras doce poblaciones italianas que se disputan su cuna; si era pariente de los Condes Colombo, o de Colombo, el pirata ajusticiado en Génova; si estudió, o no, matemáticas en la Universidad de Pavía; si el gran cosmógrafo Toscanelli le suministró preciosas ideas sobre la posibilidad de un viaje de circunvalación de la tierra; y si hubo, o no, motín de la tripulación, en vísperas del descubrimiento. En fin, se discute hasta si la isla del Nuevo Mundo a donde primero atracaron los descubridores fue Watling, o alguna de las denominadas Samaná, El Gato, Los Turcos, Aklin, Mayaguana y El Triango.

Parece que una mano invisible hubiese llevado la confusión a los detalles secundarios de la vida de Colón, para que ésta quedase reducida a un simple hecho: "Colón descubrió un mundo"; porque esta es su gloria única, pero sin igual. ¿Qué hombre ha llevado a cabo algo más trascendental para la humanidad entera que el descubrimiento de América?

En efecto, si tenemos la audacia de analizar la historia de Colón con espíritu crítico severo e imparcial, no hallaremos en él y en su actuación la genialidad superior, las manifestaciones frecuentes de originalidad, y aquella acción honda, extensa, trascendental y especializada que distingue a todos los hombres a quienes la humanidad ha discernido el título de *Genios*; pero sí encontraremos errores y aberraciones disonantes. Su codicia frustró las negociaciones con el Rey de Portugal, para llevar a cabo el descubrimiento; y en la corte de España, sus exorbitantes exigencias fueron la causa principal de las persecuciones que sufrió. Como gobernante de La Española se mostró inepto e injusto y no tuvo el dón de gentes necesario para captarse la voluntad de los colonos, ni la energía indispensable para hacerles respetar su autoridad; resultando de su contemporización con odiosos abusos, la destrucción—en sólo dos años—de las dos terceras partes de la población indígena.

A decir verdad, fue Colón mismo la causa inicial de la despoblación del mundo que descubrió; porque implantó el inicuo sistema que se llamó de las *encomiendas*, en que, con el hipócrita pretexto de encomendar a los indígenas a la protección de un colono, se le permitía a éste explotarlos y tiranizarlos hasta destruirlos; y porque, habiendo impuesto a todo indio mayor de catorce años una fuerte capitación, hacía cazar con perros a quienes no la pagaban, e imponía como pena de leves faltas, y aun del legítimo amor a la libertad, horribles mutilaciones, y la muerte.

Pero en nada desdijo tanto Colón de su actuación admirable en lo que se relacionó exclusivamente con el descubrimiento, como cuando, al improbar tan crueles procedimientos Fray Bernardo Buil y los religiosos que con él habían venido para la catequización de los indios, los privó de víveres y los obligó a regresar a España, dejando en las tinieblas del paganismo a los gentiles cuya evangelización había sido su argumento principal para encarecer su empresa ante los Reyes Católicos; y cuando despachó para la península cinco barcos cargados de americanos, que debían ser vendidos como esclavos, y propuso a los soberanos que se estableciese aquel tráfico de un modo permanente.

No dejó Colón, siquiera, una exposición científica de las razones que lo condujeron a llevar a cabo el gran descubrimiento. Su único libro—enviado inconcluso a Fray Gaspar Gorricio pidiéndole que lo terminara, y conocido con el nombre de *Las Profecías*—es un análisis peregrino de textos sagrados, que trató de interpretar como pronóstico del éxito que tendría su proyecto de reconquistar los Santos Lugares. Más todavía, el insigne descubridor incurrió en errores inexplicables aun en materia de Cosmografía, pues con motivo de una observación errónea de la estrella polar, hecha en la desembocadura del Orinoco, concibió la idea de que la tierra no es esferoidal, sino que tiene forma de pera; y sostuvo más tarde, ante los Reyes de España, que en aquel río había existido el Paraíso Terrenal, y que remontando su curso se llegaría al Mar Rojo, de donde sería fácil emprender la reconquista del Santo Sepulcro.

Esta ceguera respecto a lo que debía aparecer patente a los ojos de un cosmógrafo, hizo que Colón no se diera jamás cuenta de que había descubierto un nuevo continente, y no pudiera gozar de la inmensa gloria

de su triunfo y que aquel fuese denominado América, en honor de Américo Vespucio, por haber sido éste el primero en popularizar la noción de la existencia de un continente nuevo. Creyó siempre Colón que las tierras descubiertas eran el extremo oriental del Asia; y para él La Española era el Ofir de Salomón. Al llegar a Cuba, consignó en su diario que había arribado a Cipango y remitió al soberano que debía residir en el interior, la carta para el Gran Khan—es decir, para el Emperador de la China—que le había pedido al Rey Fernando. Luis de Torres y los otros emisarios, que debieron de entregar la misiva a algún pobre Cacique, volvieron con la nueva de que el Gran Khan los había recibido gentilmente.

El 1° de Agosto de 1498, cuando descubrió la tierra firme, en las costas de Sud América, la tuvo por una isla insignificante, que nombró Isla Santa; y todavía en su cuarto y último viaje al atacar las costas de la isla de Guanaja, declaró que esa tierra no podía ser otra que Cathay, el imperio del Gran Kahn.

En 1506 murió Colón sin comprender la magnitud de su descubrimiento; porque el reconocimiento formal de la tierra firme, por Ojeda y Nicuesa, tuvo lugar tres años después, y la noción exacta de lo que era la América sólo se obtuvo de 1520 a 1535, con el viaje de Magallanes y la conquista de Méjico y el Perú, realizada por Cortés y Pizarro.

Todas aquellas pequeñeces e injusticias, todos estos errores y aberraciones, son ya demasiado para un genio. Es que Colón no era un genio, como lo pretenden sus panegiristas, porque fue mucho más: fue un PREDESTINADO.

La teoría de la redondez de la tierra era conocida de casi todos los cosmógrafos de aquellos tiempos, y no se necesitaba ser genio ni de abstrusos cálculos matemáticos, para deducir de ella—como lo habían hecho ya varios hombres de ciencia de la época—que navegando desde Europa en línea recta hacia el Occidente, se llegaría forzosamente al extremo Oriente; pero ninguno, antes de Colón, había tenido fe absoluta en esta conclusión, tan clara como trascendental; nadie se había sentido con el valor necesario para emprender su verificación.

Como lo observó ya Washington Yrving, en el ánimo de Colón se encarnó la convicción de que él había nacido para convertir en realidad las profecías consig-

nadas en las Sagradas Escrituras, respecto a que algún día los pueblos más remotos del mundo se unirían a Europa, centro espiritual de éste, con los lazos de la fe. Bajo esta sugestión misteriosa, vio Colón iluminada por una luz deslumbrante la realidad de lo que muchos otros, más sabios que él, apenas miraban como una hipótesis plausible; y desde entonces tuvo la fe del apóstol para adherirse con toda su alma a aquella certidumbre metafísica; tuvo la elocuencia del profeta para llevar su convicción al ánimo de los sabios y los poderosos; la constancia de Moisés y de Josué para luchar por largos años con los estorbos que ponían en su camino el escepticismo y las supersticiones de sus contemporáneos; y el valor de los Macabeos para vencer, en su primer viaje, las inclemencias de la naturaleza y el desaliento y la desconfianza de sus compañeros.

Nada revela mejor la fe y la magnanimidad con que Colón trabajaba en la realización de la misión que la Providencia le confiara, que sus propias palabras al pintar lo que sentía cuando por primera vez se presentó ante los Reyes de España: "Pensando en lo que yo era—dice—me confundía mi humildad; pero pensando en lo que llevaba, me sentía igual a las dos coronas".

Colón, humanamente pequeño y falible en muchos de los actos de su vida, y que sentía él mismo su humildad, resulta sublime en la realización del proyecto que absorbió todas sus energías, y cualquiera diría que Monseñor Donnet y los prelados que acompañaron a éste a pedir en 1873, a la Sagrada Congregación de Ritos, que le beatificara, alcanzaron a ver sobre su frente, a través de las sombras de su humana flaqueza, el nimbo de la inspiración divina.

Toda la gloria de Colón se cifra en haber llenado su misión, descubriendo el Nuevo Mundo, bajo la sugestión de un impulso sobrehumano. En efecto, si su propósito ostensible se hubiese realizado, y hubiese hallado una vía directa por el Occidente para arrebatarse a los portugueses el tráfico de la especiería—para lo cual era necesario que no se interpusiera en su camino el continente que descubrió—su fama no habría sobrepujado la de los otros exploradores de las vías marítimas hacia el Extremo Oriente, como Bartolomé Díaz, Vasco de Gama y Magallanes.

En consecuencia, la grandeza de Colón se mide por la importancia del Nuevo Mundo, la cual, ni él ni sus contemporáneos alcanzaron a vislumbrar: él, porque

sólo conoció las costas malsanas y casi despobladas de las Antillas y de una pequeña porción del continente; y éstos, porque apenas a fines del siglo XVI—cuando todos ellos habían desaparecido—se completó el reconocimiento de la América. Esta consideración nos sugiere—ya que con la imparcialidad que cumple al historiador hemos estudiado la vida del insigne navegante desde un punto de vista que esquivaron sus panegiristas—que nada mejor podemos hacer para honrar su memoria en el aniversario del gran descubrimiento, que mostrar en un cuadro sintético lo que era la América cuando Colón la descubrió, lo cual no carece de interés para la mayor parte de las gentes, pues el haber sido realizados el descubrimiento y la conquista por expediciones distintas e independientes, y el habérselas historiado en la misma forma, dificulta el formarse una idea del conjunto de lo que se descubrió y conquistó. Mas para que se aprecie debidamente lo que fue aquel hallazgo para los europeos, precisa describir primero, a grandes rasgos, la situación de Europa al terminar el siglo XV; porque tanto máspreciado es un presente, cuanto mayor es la indigencia de quien lo recibe.

Apenas se realizaba entonces el paso crítico de la Edad Media al Renacimiento. Aún no había desaparecido por completo el feudalismo, institución disolvente, que había reemplazado los deberes para con la patria, con los deberes para con el Señor feudal; y los derechos del ciudadano con los privilegios que aquél quisiese otorgar graciosamente. En muchas partes la sociedad se componía todavía, prácticamente, de Señores, de vasallos y de siervos de la gleba, que constituían la inmensa mayoría.

Las entidades nacionales modernas apenas se iban consolidando, a medida que se vencía al feudalismo, y al paso que se substituía con el individualismo el enervante colectivismo que caracterizó al nominal Imperio Romano de Occidente en su agonía de siglos.

La pobreza era suma por la paralización de la industria y del comercio, debida a que los hombres más enérgicos y vigorosos se habían convertido en soldados y aventureros, especialmente en España, a raíz de la cruzada de siete siglos contra los invasores musulmanes. Inglaterra se hallaba arruinada por la guerra *de las dos rosas*; Francia, por la *de los cien años* y Alemania, porque aún perduraba allí el feudalismo.

Italia era la más próspera por el comercio de Levante; pero repartida entre numerosos tiranuelos, era teatro de la traición y campo de las aventuras de los *condottieri*.

La población de Europa, diezmada por aquellas mismas guerras y por la escasez de medios de subsistencia, apenas si superaba a la del Nuevo Mundo cuando se descubrió; porque al computarla es preciso excluir a Rusia, que sólo puede contarse entre los pueblos europeos del advenimiento de Pedro el Grande para acá; y a toda la Europa Oriental, ocupada por los turcos—elemento exótico y antitético de la cultura europea—que con la ocupación de Constantinopla, diez y nueve años antes del descubrimiento de América, habían llegado al máximum de su poderío.

Esta es la Europa empobrecida, despojada, anarquizada y despoblada, a la cual Colón el inspirado iba a revelar un mundo nuevo, cuyas bellezas y grandeza es ya tiempo de describir.

La América, que representa la tercera parte de las tierras habitables, y cuatro veces mayor que la Europa del siglo XV, es el único continente que principian-do en el polo ártico va a terminar en el círculo polar antártico. En sus rasgos topográficos también excede en grandeza a las otras cuatro partes del mundo.

Descuella entre sus imponentes cordilleras la Occidental, que se extiende de un extremo a otro del globo, y exhibe picos altísimos, coronados de nieve, y sólo superados por los mayores del Himalaya; entre ellos volcanes activos que semejan fanales destinados a iluminar tanta grandeza. En el imperio de los chibchas y las selvas de Guaraníes rebosa esmeraldas y diamantes; y en California, Guanajuato, Zacatecas, Potosí y cien parajes más, oculta veneros inagotables de los metales preciosos, entre los cuales se cuenta el platino, desconocido en el Viejo Mundo y que llegará a valer tres veces más que el oro, por ser indispensable para las aplicaciones maravillosas de la electricidad.

De la vertiente Oriental de la gran cordillera se desprenden magníficos ríos, que así se precipitan por las más famosas cataratas—Niágara y Tequendama—como se dilatan perezosos en redes de canales navegables, sobresaliendo entre éstas la del Amazonas, el Orinoco y el Plata, maravillosamente enlazados por el Casiquiari y los caños de Campos Jarexis, la cual so-

brepuja en extensión a todas las vías navegables del viejo mundo juntas.

El valle del primero de estos ríos, con sus siete millones de kilómetros cuadrados de superficie, es el más vasto y feraz del globo; y el río mismo sólo cede en longitud—pero no en caudal de aguas—al Missisipi, que baña el Septentrión del continente y es el más largo de la tierra.

Tan grandiosas como las montañas son las llanuras americanas: la que se extiende del mar Caribe a la Patagonia tiene 11.300,000 kilómetros cuadrados.

Cuando Colón descubrió la América, montañas y llanuras—donde no se encontraban cultivadas—se hallaban vestidas de flora paradisíaca y habitadas por una fauna la más bizarra y multiforme.

Las selvas estaban formadas por esbeltas palmas de utilidad inestimable, desde las que dan vino y cera hasta las que producen el marfil vegetal; por elegantes guaduas y por árboles colosales y milenarios, con colgaduras de lianas y macetas de orquídeas abigarradas. Entre estos árboles se cuentan los de maderas preciosas; los que producen tintes rivales de la púrpura; los que dan los bálsamos, resinas y gomas útiles y aromáticos, y más útil que todo el hule—también desconocido en Europa—y que es hoy elemento indispensable en la industria; y, finalmente, aquellos de que se extraen específicos maravillosos, a que deben ya la vida millones de hombres en el mundo.

En las llanuras sin límites, vestidas de plantas forrajeras viciosas, pacían en grandes rebaños, ya los bisontes fieros y bravíos; ya los renos polares de ramosas cornamentas; ya, en las altiplanicies andinas, la llama, miniatura del camello, y la vicuña y la alpaca de sedosa lana; o los nandúes, avestruces americanos, casi tan corpulentos como los africanos.

Los pobladores de las selvas y desiertos, menos pacíficos y gregarios, eran infinitamente más variados, pues en sólo Norteamérica existían trescientas treinta especies de mamíferos. La puma y el jaguar, émulos del león africano y el tigre de Bengala; el oso blanco y el gris, sin rival por su corpulencia; el tapir, remedo del elefante, e innumerables cuadrumanos, caricaturas del hombre. Además de aquellos y otros animales, equivalentes a las especies del Viejo Mundo, como el jabalí, el ciervo y la liebre, vagaban por los montes mil alimañas desconocidas y extrañas.

En los mares, cetáceos y focas gigantes; en los ríos, anfibios y reptiles, de que es rey el caimán, no menos fiero que el cocodrilo nilótico. En unos y otros pululaban los peces: el solo Amazonas posee más especies que el Océano Atlántico en su inmensa extensión.

Y contrastando con los monstruos de las aguas y las fieras de los bosques, las aves, de formas peregrinas y colores infinitos—desde el cóndor, el mayor de los alados, hasta el colibrí, el más pequeño—graznan, trinan y gorjean, revoloteando por doquiera, al lado de los insectos multicoloros y brillantes que, con las gayas flores, ponen los toques vivos y luminosos a todos los paisajes.

Este mundo grandioso y singular sería sólo una visión de las escenas fantásticas de la tierra antes de la creación del hombre, si no recibiese vida e interés de sus relaciones con la actividad humana..... Cuarenta millones de seres racionales hormiguean desde los hielos del polo, donde habitan los Esquimales, hasta las playas ardientes del Ecuador. Son hombres de color cobrizo, de facciones regulares y de estatura media igual a la de los europeos, aunque en Patagonia y otros parajes alcanzan una talla gigantesca. Sus rasgos morales más salientes son la hospitalidad, la sobriedad y la taciturnez, aunque los mil idiomas y dialectos que hablan tienen dos características comunes, que les dan un poder enorme de expresión: la *polisíntesis*, que hace una sola palabra de todos los vocablos que componen la frase, apocopándolos y sincopándolos; y el uso de afijos verbales, que permiten expresar sin circunloquios los tintes y detalles en el modo de ejecutar la acción que expresa el verbo.

Por los bosques vaga el salvaje torvo y cruel como las fieras a quienes disputa el sustento, pues vive de la caza y de la pesca; pero en los valles templados y las altiplanicies bullen pueblos civilizados, que en medio del *animismo* que profesan, reconocen un Sér Supremo omnipotente, el Grande Espíritu de los Pieleros Rojas, el Tomagata de los Chibchas y Nicaragüenses, el Pachacámac de los peruanos. Con ideales relativamente elevados en materias morales, solían tener ritos y costumbres absurdos y sanguinarios; pero estaban más exentos de idolatría que casi todos los gentiles del mismo grado de civilización.

Muchos de aquellos pueblos, bajo gobiernos monárquicos sólidamente constituídos, con leyes y magis-

trados encargados de aplicarlas, se consagraban a todos los ramos de la actividad humana. En Teotihuacán y Cholula levantaron pirámides que sólo ceden en proporciones a las de Egipto; y desde Méjico hasta Chile construyeron templos y palacios ciclópeos, que son la admiración de los arqueólogos; porque el levantar aquellas construcciones sin el auxilio de la mecánica da la más alta idea de su ingenio. Gracias a él trasladaron desde la cantera, en un trayecto de treinta kilómetros, una de las piedras del templo de Tiahuanaco, que pesa 8.000 quintales; y podían colocar esas moles en los muros, levantando, con tierra, planos inclinados provisionales, que hacían desaparecer al terminar los edificios.

En los bajorelieves de éstos, en numerosas estatuas de piedra y en los artefactos cerámicos de indescriptible variedad y finura, se observa un arte avanzado, pero que de tiempo atrás permanecía estacionario, convencionalizado por una mitología fantástica. Para las artes mecánicas se servían de hachas, cinceles, limas y otros instrumentos hechos de piedra durísima, o de hueso; y rara vez de cobre y bronce.

Pero la ocupación predilecta de los americanos era la agricultura. En campos, a veces tallados en escalones como en las regiones densamente pobladas de la China, y en ocasiones regados por sistemas de canales que no tenían igual en esos tiempos—y usando con frecuencia los abonos—cultivaban numerosas plantas indígenas, algunas de las cuales desempeñan hoy papel importantísimo en la dieta, la industria y el solaz del mundo entero, como el maíz, la patata, la yuca y muchos otros tubérculos; innumerables leguminosas; el algodón y el agave, que daba a la vez vino y fibras textiles; el cacao, la coca y el tabaco como estimulantes; y frutas exquisitas, cuya peculiaridad es ser más grandes y más aromáticas que las europeas. Los pueblos sedentarios, privados del beneficio de la caza, complementaban su dieta con la carne de los animales que habían domesticado: la llama, el reno, el pavo, el perro y el curí.

No menos avanzada estaba la minería, pues fueron los indios maestros de los conquistadores en la explotación de los aluviones auríferos; y aunque la metalurgia era incipiente, en el Perú extraían la plata fundiendo las menas complejas en pequeños hornos, llamados *gairas*. En la orfebrería eran maravillosos, y los artífi-

ces europeos se declararon incapaces de imitar algunas de sus obras, en joyas de todo género y vajillas de oro y plata, de que se servían los soberanos. Fundían, ligaban, amoldaban y soldaban el oro, la plata, el cobre y el estaño; pero no conocían el hierro, que de conocerlo es posible que hubiesen sido ellos los conquistadores y no los conquistados.

En los regocijos y festividades—alegrados por la música, el baile y el canto—se engalanaban los americanos con aquellas joyas, a veces realzadas con esmeraldas, perlas y turquesas, y lucían vestidos flamantes; pues, según las latitudes, tejían finísimas telas de lana, de alpaca, de algodón y de henequén, teñidas y bordadas de diversos colores y recamadas con láminas de oro, o con plumas delicadas y vistosas, arte que el Viejo Mundo no ha podido imitar.

Bien se comprende que con tal variedad de frutos y productos no podía faltar el comercio. En efecto, en los ríos navegables se cruzaban las canoas y las balsas, que cuando traficaban por los mares solían llevar velas de estera. Por tierra el tráfico se hacía generalmente a la espalda; pero los Esquimales empleaban trineos de perros y de renos, y en el Perú trajinaban grandes recuas de llamas cargadas, por caminos de centenares de leguas perfectamente empedrados, con puentes colgantes en los ríos y barrancos, y con posadas, llamadas *tambos*, de distancia en distancia. Para sus transacciones tenían pesas y medidas, y servían de moneda canutillos de pluma llenos de oro, idolillos de cobre, conchas preciosas y granos de cacao.

La cultura intelectual no estaba adelantada entre los americanos, pero es comparable a la Egea y a la Sumeriana, que fueron base de las civilizaciones Griega y Babilónica; y a pesar de que nada de ella conservaron los conquistadores, bastará recordar el conocimiento de numerosos específicos que Europa adoptó con avidez; los calendarios lunares con las indispensables intercalaciones periódicas de días; y los progresos de la escritura, que si bien en muchas partes se hallaba en el período de la pictografía simbólica, en otras había avanzado mucho en la vía del silabismo. Los jeroglíficos mayas permanecen indescifrables hasta el día.

Este mundo grandioso, exuberante, opulento, poblado, industrioso y feliz, fue el que Colón reveló al espíritu aventurero y rapaz de la Europa indigente y cauduca que hemos descrito. El haber sido escogido para

descubrirlo, impulsado por un anhelo sobrehumano, es el timbre de su gloria; y no el vano título de genio. Acrece aquella gloria el considerar lo que ha venido a ser la América, refundida en los moldes de la civilización cristiana, después de la destrucción de su cultura autóctona por la implantación del feudalismo de que Europa acababa de libertarse.

Después de un siglo de independencia, ciento noventa millones de habitantes, cristianos, ricos y civilizados, proveen al Viejo Mundo de indispensables alimentos, de materias primas para sus industrias, de casi todos los metales útiles y preciosos, de combustibles, de abonos y de drogas inestimables. En la reciente conflagración europea—fruto de soberbia y codicia incurables—América salvó de perecer de hambre y de frío a millones de personas; y si la revolución disociadora no se detiene, quién sabe si no vendrá a ser aquella la tabla de salvación de la civilización cristiana!

Tocó a Colón la suerte de todos los grandes descubridores, Volta, Papin, Mongolfier, Pasteur y cien más: no alcanzó siquiera a sospechar la magnitud y el desarrollo futuro de su descubrimiento. En sus cuatro penosos viajes, enfermo, perseguido y despechado al ver frustrado su plan de hallar camino directo para el Asia, vagó entre el círculo estrecho de las costas del Caribe: como el otro gran predestinado, no pudo entrar a la *Tierra Prometida*. Quizás purgaba sus errores y sus faltas; mas no por ello es menos acreedor a la gratitud y la admiración de toda la humanidad, y especialmente de los americanos.

DATOS HISTÓRICOS

VI

El Té.

Las primeras semillas de té le fueron enviadas del Brasil al Dr. Juan de Dios Aranzazu en 1832, por el General Juan María Gómez. El Dr. Aranzazu envió estas semillas a Rionegro y a La Ceja lugares donde estas semillas se produjeron muy bien. Es curioso el hecho de que el Gobernador de la Provincia fue criticado por vecinos de alguna población porque el Dr. Aranzazu no les había enviado a ellos semillas. El Dr. Andrés Posada Arango en su libro "Estudios Científicos", tiene un artículo referente al cultivo de esa planta. Dicho artículo es muy interesante, como lo es todo el libro del Dr. Posada. Lástima que obra de esta naturaleza no se haya vulgarizado en las escuelas y colegios como ella se merece. Sería muy conveniente que se comenzaran aquí pequeños cultivos de té, una vez que sabemos que se produce bien y teniendo en cuenta el gran consumo que de él se hace entre nosotros. Ojalá que la Sociedad de Mejoras Públicas pidiera semillas al Cónsul o Encargado de Negocios de Colombia en el Brasil, de té, y las repartiera a los que desearan ensayar este cultivo de acuerdo con las indicaciones que hace el Dr. Posada Arango en el notable artículo a que nos hemos referido. Como sabemos el tesón con que la benemérita S. de M. P. se interesa por todo asunto de progreso, nos atrevemos a hacerle esta indicación. Cuando nosotros dirigíamos la Escuela de Agricultura escribimos a varios Cónsules y Ministros nuestros en Sur América, Cuba y Estados Unidos, oficios en que solicitábamos semillas de plantas tropicales, y solamente el Dr. Urueta, digno Ministro de Colombia en Wáshington, se dignó contestarnos y enviarnos muchas semillas para la Escuela.

El Sr. D. César Piedrahita, Secretario de Hacienda del Departamento, envió a la Escuela de Agricultura unas semillas de té de Ceylán enviadas de Tocaima, si no recordamos mal, por su sobrino, el Ingeniero Uribe Piedrahita. No dio resultado alguno la siembra de dichas semillas. A D. Ignacio Uribe le enviaron la misma clase de semillas, y tampoco germinaron. Por eso nos atrevemos a indicar con preferencia el té del Brasil, por

estar ensayado con buenos resultados. Con el Sr. Gabriel Ortiz Williamson, de Bogotá, podrían adquirirse datos sobre el cultivo de té de Ceylán.

Eucaliptus.

Fue D. Pastor Restrepo el primero que hizo germinar semillas de eucaliptus aquí, en 1869. Sembró cuatro árboles en la Plaza de Villanueva, hoy Parque de Bolívar. Dichos árboles se desarrollaron muy bien. Cultivaron después el eucaliptus aquí D. Eusebio A. Jaramillo, D. Eduardo Vásquez y D. Juan Lalinde. En ese mismo año escribió artículos en que se recomendaba ese cultivo y el de la datilera D. Vicente Restrepo.

En 1870, D. Juan Uribe Santamaría publicó un aviso en uno de los periódicos de la ciudad en el que se decía "que regalaba árboles de eucaliptus a todos los que desearan sembrar esta utilísima planta."

A mediados del siglo pasado introdujo D. Juan Santamaría y sembró en su casa de "La Alameda" olivos, mangos, canelos y dátiles. El olivo existió hasta hace poco, pero no produjo; el canelo aún existe y el mango número 8, que produjo mucho, duró hasta hace pocos años. La datilera produjo, pero los dátiles no tienen el sabor agradable de los dátiles africanos. En "El Guamal", finca de D. Luciano Restrepo, en el camino que va para "El Poblado", hubo también mangos número 8, de semillas que trajo de Jamaica, si no estamos mal informados, un Sr. Upegui, también a mediados del siglo pasado.

El Madroño.

El primer madroño que hubo en Medellín lo sembró, en 1812, D^a Manuela Barrientos de Gómez, de una semilla que le envió de Popayán D^a Rafaela Valencia de Arboleda.

Nísperos del Japón.

Las primeras semillas de níspero del Japón las envió de San Francisco de California, en 1880, D^a Mercedes Ospina, a su padre el Dr. Mariano Ospina Rodríguez, quien regaló una de estas semillas y sembró otras en su Quinta de El Poblado. El primer árbol de nísperos que hubo en Medellín y que aún existe, es el

que hay en la casa de D. Eusebio A. Jaramillo y proviene de las semillas que regaló el Dr. Ospina.

Naranjas mandarinas.

Las introdujo de Europa D. Pastor Restrepo. Quizá los árboles que produjeron primero aquí fueron los sembrados en "La Alameda" por D. Joaquín Santamaría, a fines del siglo pasado, enviados por D. Pastor Restrepo.

El Añil.

En 1869 hubo aquí un gran entusiasmo por el cultivo del añil. D. Pedro María González puso una plantación cerca a Sopetrán. Allá fueron muchas personas de Medellín a visitar el establecimiento y salieron entusiasmadas. La Asamblea decretó para el Sr. González una medalla de oro. Muchos hombres de negocios emprendieron también el cultivo del añil, entre ellos D. Tomás Uribe Toro y D. Alonso Angel. Al fin y al cabo dicho cultivo fue un fracaso completo. ¿A qué se debió esto? Quizá a la falta de técnica, quizá a los gastos de exportación y a lo impropio del terreno, a los excesivos gastos de producción, tal vez. Ojalá que los que conocieron este negocio pudieran dar datos sobre el asunto, pues no dejaría de ser útil para enseñanza posterior de cultivos de otras clases y nuevos, entre nosotros. En los pueblos mineros estos fracasos eran muy frecuentes. Se sabía por ejemplo que una región como la de Remedios era rica. Cualquiera que encontraba un filón, formaba una Sociedad, y ponía molinos, hacía carreteaderos, casas etc. Resultaba que el mineral tenía poco oro y venía la quiebra de la empresa. Hoy, un poco más avisados, hacen ensayar el mineral, ponen un molino pequeño y con un minero y dos peones averiguan si vale o no la pena de hacer un montaje en regla.

El Bienmesabe.

En el artículo anterior hablábamos de este árbol. D. Manuel María Bonis, su introductor, no sabía entonces, ni siquiera nosotros hasta ahora, lo que el fruto de este árbol valía como sustancia alimenticia. Es un sabio extranjero, Profesor en la Escuela de Minas, el Sr. Ehrensperger, quien ha venido a decirnos lo que significa como alimento este fruto. En la entrega número

17 de la Revista "Anales de la Escuela Nacional de Minas" encontramos el siguiente análisis del bienmesabe:

Agua.....	45—81%
Grasa de bienmesabe.....	27—43
Almidón.....	10—33
Proteína—albúminas vegetales.....	12
Cenizas.....	2
Fibra cruda.....	0—63
	<hr/>
Total.....	99—89%

El valor alimenticio del bienmesabe es muy notable, dice el Sr. Ehrensperger, debido a que todos los elementos nutritivos están presentes en cantidad considerable.

En la ciudad de Antioquia, por un instinto popular muy interesante, llaman el bienmesabe "Seso vegetal".

Septiembre, 1919.

EDUARDO ZULETA.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

(BOLIVAR Y SAN MARTIN)

Nada nuevo pretendemos decir sobre este problema histórico, a cuyo alrededor se formó una leyenda que ha sido tema obligado para los historiadores. Queremos únicamente encadenar los hechos de manera que se vea con toda claridad el objeto de esa entrevista rodeada de misterios por la obra de la imaginación. El Protector del Perú lanzó a la luz del día el deseo de visitar al Libertador de Colombia y lo realizó con toda la sencillez de un acto natural. Fracasada su primera tentativa en Febrero de 1822 por no haber encontrado a Bolívar en los puertos del Ecuador, regresó a Lima para esperar mejor ocasión. Si San Martín hubiera tenido algún pensamiento oculto que desarrollar, no habría desperdiciado el momento propicio de encontrarse solo para haber influido en el ánimo de los habitantes de la Provincia de Guayaquil que venían disputándose Colombia y el Perú.

Al fin tuvo lugar la entrevista el 26 de Julio de 1822, en la ciudad afortunada que hospedó en su seno a los dos héroes de la Independencia suramericana. Allí se vieron y se comprendieron, Bolívar con sus laureles de Boyacá y Carabobo, en donde combatieron reunidos granadinos y venezolanos para dar cima a la libertad del Norte; San Martín con las glorias de Chacabuco y Maipú, en donde lucharon juntos argentinos y chilenos para obtener la libertad del Sur, ambos dignos de estrecharse la mano, llenos de inmensa satisfacción al ver que en Pichincha lucharon todos unidos por la libertad del Ecuador, como feliz presentimiento de que así debían continuar hasta Junín y Ayacucho, para coronar la emancipación de la América. Nada misterioso tuvo la conferencia; los hechos que de ella se derivaron estaban decretados por los acontecimientos; ella no fué causa de que Bolívar asumiese la dirección de la guerra, ni fué motivo de la separación de San Martín porque él la había meditado y resuelto de antemano.

Terminada la guerra sangrienta de doce años en toda la extensión del territorio del antiguo Virreinato de la Nueva Granada y de la Capitanía General de Venezuela, el genio de Bolívar se sentía irremisiblemente

atraído por el Sol del Perú. Educado en las campañas, vencedor de los hombres y de las dificultades de la naturaleza, su espíritu no admitía el reposo porque había vivido en la eterna lucha con los infortunios y en la embriaguez y satisfacción de los triunfos.

Consolidada la Gran Colombia en el Congreso de Angostura, creación gigante de Bolívar, pero obra que no podía perdurar porque su autor no era inmortal, y porque teníamos la enseñanza de que España con todo el poder despótico y único que empleaba, tuvo que mantener separadas las entidades que la formaron para facilitar su administración; consolidada esa nacionalidad, Bolívar dejó encargado de su organización política a Santander, hombre de guerra en los momentos supremos y hombre civil con raras capacidades para establecer el orden; marchó hacia el Sur, destruyó a su paso los últimos baluartes españoles, y acompañado de Sucre, otro genio de las victorias y dueño de eminentes cualidades militares y políticas, liberta al Ecuador, lo anexa a Colombia y se prepara para la realización de sus persistentes ideales. (1) ¡Cuán feliz habría sido y cuántos sufrimientos se habría evitado si resuelve descansar entonces!

Venciendo todos los obstáculos con sus excepcionales dotes de organización militar, llega San Martín a Lima cargado de gloria y del inmenso prestigio de Libertador de la Argentina y de Chile y se proclama Protector del Perú. Sucesos posteriores produjeron el quebranto en su alma; se declaró vencido a sí mismo, pensó en el fondo de su conciencia separarse del mando para dar un alto ejemplo de patriotismo; pero no queriendo desertar en medio de los peligros, buscó a Bolívar, a quien miraba lleno de fe en el triunfo de la República, y digno de reemplazarlo sin menoscabo de su honor y de su dignidad.

Al llegar San Martín al Perú comprendió con su visión militar que había un núcleo poderoso del ejército español que debía mirarse con especial atención; en consecuencia, todas sus medidas fueron al principio de expectativa, para no comprometer en una batalla que po-

(1) "¡Quiteños! La Guardia Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del Padre de la luz. Confíad en la esperanza". Proclama del Libertador el 17 de Enero de 1822. Documentos para la Historia de la vida del Libertador, Tomo 8º, página 241.

dría serle funesta, la suerte de su campaña. En su opinión debía guardarse mucha prudencia, porque si la causa de la libertad sufría un fracaso, se afirmaba la dominación española, lo cual constituiría un gravísimo peligro por cuanto ese Virreinato era considerado tradicionalmente como el centro de las colonias.

Esa actitud desagradó a los peruanos y a muchos de sus compañeros de armas hasta producir una tentativa de conspiración. "La prudencia con que procedió el Protector en no comprometer una batalla contra Canterac fué interpretada por muchos de cobardía o ineptitud, y en especial por los principales Jefes argentinos; éstos se hallaban también resentidos al ver que no sacaban de la generosidad de San Martín y de la Municipalidad de Lima tantas ventajas como otros a quienes juzgaban ser menos dignos. Parece que esto dió lugar a que se formara una conspiración a fines de Diciembre (1821), en la cual aparecían como Jefes Las Heras, Necochea, Martínez, Correa (D. Cirilo), Alvarado y otros. El objeto era separar a San Martín del mando, y aun asesinarlo, según lo propuso uno de los conspiradores. Se habló al Coronel del Numancia, D. Tomás Heres, porque si su batallón se oponía nada avanzarían; éste denunció el plan a San Martín, y como se resistiera a dar crédito a tan infame proyecto, para desvanecerlo o comprobarlo, los llamó y con serenidad y firmeza les dijo que estaba al corriente de su conjuración. Los conjurados negaban todo, protestando su fidelidad: mas Heres que estaba oculto en la habitación inmediata salió a sustentarles la verdad de sus intentos, aunque sin poder probarlo, como sucede con los crímenes que se fraguan en la oscuridad y el misterio. No quiso, pues, San Martín ir adelante en averiguaciones deshonorosas para sus Jefes de más nombradía, pero creyó la realidad del plan, y su corazón se llenó de amargura al ver conspirados en su contra a Jefes que había colmado de honores y distinciones y en cuya compañía había conquistado tantas glorias. Le faltó valor para tomar medidas vigorosas, tanto por las circunstancias del país, cuanto porque los más de ellos pertenecían a la célebre Loggia Lautarina, pues según su riguroso reglamento no podía castigarlos sin su previo acuerdo.

"Desde ese momento tomó la resolución definitiva e irrevocable de abandonar la vida pública. *Su corazón*

estaba dilacerado con tantos desengaños, traiciones, ingraticudes y bajezas". (1)

Persistió San Martín en la resolución que germinaba en su ánimo de marchar hacia el Ecuador al encuentro de Bolívar y sin ocultar su propósito, como ya lo hemos dicho, lo expresó públicamente para dejar encargado del mando al Conde de Torre Tagle. "La causa del Continente Americano me lleva a realizar un desig- nio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen que nuestra entrevista sea necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables (*árbitros*) del éxito de esta sublime empresa. (2)

Esa misma inacción le fué perjudicial para sus operaciones militares, porque seguía reinando un malestar profundo en Lima debido a la relajación del ejército y que producía desconcierto destructor de las energías necesarias en frente del enemigo. A causa de las alternativas que hay en las guerras se presentan a veces ocasiones que deben aprovecharse, y hubo momentos "en que los realistas eran pocos en número; en no buena armonía y abatidos con melancólicos presagios. El Protector tenía más de ocho mil hombres en las inmediaciones de Lima, y si la mitad de esa fuerza hubiera sido empleada bien y a tiempo, habría bastado para echar al último español del otro lado de las fronteras del Perú, pero desgraciadamente los placeres de una capital llena de lujo habían influido en tal modo en el ánimo de los Jefes y otros, que cuando se determinaba la marcha de algunos batallones presentaban mil obstáculos y reclamaciones únicamente para entretener". (3)

"Halló San Martín en Lima lo que Aníbal en Capua, el lujo que engendra la molicie y la seducción que

(1) PAZ-SOLDÁN. Historia del Perú independiente, página 225. (Las palabras subrayadas son textuales del General San Martín, referidas al Coronel La Fuente a su regreso a Buenos Aires, quien las repitió a Paz-Soldán).

(2) Citado por Mitre. *Historia de San Martín*. Preámbulo del Decreto del Protector del Perú de 12 de Enero de 1822, por el cual delega el mando al ir a celebrar su conferencia con el Libertador de Colombia. Tomo 3º, página 611.

(3) *Memorias* del General Miller. Tomo 1º, página 363.

produce los vicios que pronto desmoralizan un ejército; pero muy inferior el argentino al africano, no supo vencer tamaños males. Los soldados de Chile que le servían de apoyo se rindieron a los efectos del clima y los veteranos que le habían seguido desde las orillas del Plata, envidiosos tal vez de la elevación de su antiguo compañero o resentidos con la arrogancia que desplegó al verse titulado Protector del Perú, espiaban la ocasión de sacudir el peso de una autoridad que les era intolerable. Cábalas y conspiraciones se sucedían unas a otras, amenazando el poder de San Martín, cuyo fin se veía próximo". (1)

Contribuía también a atribular más su espíritu el verse supeditado por las imposiciones de la Logia Lautarina que no lo dejaba proceder con entera libertad y a la cual se hallaba sometido por juramentos y compromisos contraídos en época remota.

A todo esto se agregaba que en sus ideas había habido una evolución sustancial, porque adquirió la convicción de que la democracia no era el medio más a propósito para dar estabilidad a las nuevas nacionalidades, y por lo cual llegó a concebir el pensamiento de la creación de una monarquía constitucional, a cuya cabeza debía ponerse un príncipe de las familias reinantes en Europa. Estas ideas eran fruto de sus propias meditaciones y tal vez de los recuerdos de su primera educación en España; además, estaban reforzadas por las opiniones conformes de sus Ministros Juan García del Río y Bernardo Monteagudo. Al primero lo envió a Europa, de acuerdo con una Junta que se organizó en Lima, con el fin de realizar su plan de Gobierno para el Perú, y al segundo, persona de su predilección, lo sostuvo a su lado, no obstante las resistencias del pueblo y de la alta sociedad de Lima, que no podían soportar la soberbia y el carácter violento de Monteagudo. Cansados de la dominación de ese personaje, y tal vez con el velado intento de atacar indirectamente a San Martín, estalló en Lima una conjuración durante la ausencia del Protector, que produjo el destierro inmediato de Monteagudo, no sin que antes se llevara éste jirones de la autoridad de San Martín, porque es privilegio de los favoritos perjudicar a los gobernantes que se dejan seducir por debilidad.

(1) *Memorias del General O'Leary*. Tomo 2º, página 161.

Otra contrariedad para San Martín fué la anexión de Guayaquil a Colombia, efectuada por la voluntad de Bolívar, "que no conocía términos medios, ni contemplaciones; obraba de frente con toda la fogosidad de su carácter y en esto consistía su principal mérito". (1)

Una vez ocupado Guayaquil por fuerzas colombianas se suscitó la cuestión de a quién debía pertenecer esa provincia. El Perú la reclamaba, Colombia se creía con derechos a ella, y la Junta de Gobierno, organizada con personas honorables, aspiraba a que fuera un Estado independiente. Para cortar por lo sano se dirige Bolívar desde Cali, con fecha 18 de Enero de 1822, al Presidente del Gobierno de Guayaquil, y entre otras cosas le dice lo siguiente: "Yo creo que esta carta debe despertar y llamar toda la atención de ese Gobierno sobre sus verdaderos intereses y sobre su verdadera felicidad: ese Gobierno sabe que Guayaquil no puede ser un Estado independiente y soberano: ese Gobierno sabe que Colombia no puede ni debe ceder sus legítimos derechos, y ese Gobierno sabe, en fin, que en América no hay un poder humano que pueda hacer perder a Colombia un palmo de la integridad de su territorio". Y Sucre, con fecha 25 de Febrero del mismo año, le dirige estas frases terminantes al Ministro de Guerra del Perú: "que es del interés de los gobiernos limítrofes impedir las disenciones de aquella provincia, que siendo el complemento natural del territorio de Colombia pone al Gobierno en el caso de no permitir jamás se corte de nuestro seno una parte por pretensiones infundadas".

San Martín tenía además absoluta confianza en el auxilio del ejército Colombiano que Bolívar le había ofrecido, de acuerdo con la nota que en seguida se transcribe:

*"República de Colombia.—Excelentísimo Sr. Protector del Perú.—
(Quito, 17 de Junio de 1822).*

"Al llegar a esta Capital, después de los triunfos obtenidos por las armas del Perú y de Colombia en los campos de Bomboná y Pichincha, es mi más grande satisfacción dirigir a V. E. los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y Gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado

(1) Paz-Soldán. *Perú independiente*, página 258.

tres provincias del Sur de Colombia y esta interesantísima Capital, tan digna de la protección de toda la América, porque fue una de las primeras en dar el ejemplo heroico de Libertad. Pero no es nuestro tributo de gratitud un simple homenaje hecho al Gobierno y al Ejército del Perú, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más fuertes auxilios al Gobierno del Perú, si para cuando llegue a manos de V. E. este despacho, ya las armas libertadoras del Sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación.

“Tengo la mayor satisfacción de anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas.

“Acepte V. E. los sentimientos de la más alta consideración con que soy de V. E. atento seguro servidor,

“SIMÓN BOLÍVAR” (1)

Con todas estas amarguras, decepciones y esperanzas se embarcó San Martín en el Callao el 14 de Julio de 1822, a bordo de la goleta *Macedonia* y llegó a Guayaquil el 26 del mismo mes, en donde fue recibido por Bolívar con todos los honores y las demostraciones de cariño dignos de tan ilustre huésped.

En manera alguna nos ocuparemos en referir todo lo que dicen los historiadores respecto de la famosa entrevista; solamente queremos que los documentos auténticos que han podido encontrarse restablezcan la verdad de los hechos.

Larrazábal en su *Vida del Libertador* hace una relación minuciosa de la entrevista, pero toda fundada en referencias.

Ceballos en su *Historia del Ecuador* describe la entrevista en términos que parece que hubiera sido testigo presencial, pero todo se reduce a presunciones.

El General T. C. de Mosquera hace una exposición detallada en un artículo publicado en el *El Colombiano* el año de 1861 y reproducido en el tomo XII de los *Do-*

(1) Paz-Soldán. *Perú independiente*, página 301.

cumentos para la historia de la vida pública del Libertador, en la cual insinúa que estuvo presente a la conferencia, pero el General Rufino Guido, que acompañó a San Martín, rectifica este hecho en una carta que dirigió al General Mitre, que dice así:

“El General Mosquera asegura que lo que refiere sobre la entrevista de Guayaquillo sabe como testigo presencial, como pudo saberlo también el Teniente Coronel Soyer, uno de los Ayudantes de campo que dice entramos en el despacho para tomar nota de la conferencia. El General Mosquera creyó, sin duda, cuando escribía, que hubiese muerto el General Guido, como había fallecido años antes en Lima el Comandante Soyer. Felizmente vivo, para asegurar que no es cierto que hubiesen presenciado la entrevista ni Soyer ni yo, porque sólo el General San Martín y Bolívar estuvieron encerrados por más de dos horas. Es probable que el Libertador, que tenía sus confianzas con Mosquera, lo impulsara después de algunos puntos de la conferencia; pero de esto a oírlo de boca de un interesado, a oírlo mientras discutían aquellos dos grandes héroes de la época, hay una gran diferencia. Como testigo ocular de aquellos sucesos, y por lo que pueden servir a la Historia, dirijo estos ligeros apuntes”. (1)

Paz-Soldán dice lo siguiente en su obra ya citada, *Historia del Perú independiente*, páginas 309 y 312: “Al tercer día se embarcó San Martín para regresar a Lima. Muy misteriosa, según hemos dicho, se ha querido hacer la entrevista y sin embargo pocos hechos son más claros y comprobados con documentos ya publicados, ya inéditos. Es cierto que nadie presenció ninguna de las conversaciones de estos dos genios: porque nadie se consideraba bastante grande para acercárseles en los momentos que hablaban.....

“En la entrevista todo quedó consumado, la agregación de Guayaquil a Colombia, el auxilio que ésta prestaría al Perú, y finalmente que no se aceptaría el sistema monárquico en la América que fue española”.

Por estas consideraciones creemos que solamente los documentos emanados de los mismos actores son los únicos que pueden dar fe de ese acto tan trascendental, sin que haya razón para rechazar en absoluto lo

(1) Mitre. *Historia de San Martín*. Manifiesta el autor que la ha copiado del manuscrito auténtico.

dicho por otros, que omitimos, porque con algunas variaciones expresan lo esencial de la entrevista.

Del estudio de algunas obras que corren publicadas y que se ocupan en este asunto, hemos sacado la convicción de que únicamente existen dos documentos que no dan lugar a ninguna duda.

1º La carta escrita desde Lima por San Martín a Bolívar con fecha 29 de Agosto de 1822, publicada por primera vez, según Mitre, el año de 1844 por G. Lafond de Lurcy en su obra *Voyages autour du Monde Voyages dans les deux Amériques*. El autor dice que obtuvo esta carta de manos del General San Martín con otros papeles manuscritos, que tomó copia y la devolvió el 2 de Abril de 1840. El General Mitre la reproduce en el tomo III de su *Historia de San Martín*, páginas 818 a 720; Paz-Soldán la publicó también con anterioridad en su obra *Historia del Perú independiente*, páginas 309 y 310.

2º Una carta dirigida por San Martín al General Miller, fechada en Bruselas el 19 de Abril de 1827, publicada por el Sr. Ernesto Quesada en 1900, en un folleto titulado *Las Reliquias de San Martín*, página 71.

Y sobre todo una nota oficial dirigida por el General José Gabriel Pérez, Secretario General del Libertador, con fecha 29 de Julio de 1822, el día siguiente de las conferencias, al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia. Esta nota no ha sido publicada aún y hemos obtenido copia auténtica de ella del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Este documento oficial, que ve la luz pública por primera vez, es el único dato que existe hasta ahora por parte de Bolívar sobre la conferencia de Guayaquil, y por eso le atribuimos especial importancia.

Por la naturaleza y origen de estos documentos y por ser lo único que se conoce como procedente de los interesados en ese episodio histórico, no hemos vacilado en publicarlos íntegramente como final de nuestro trabajo.

“*Excelentísimo Sr. Libertador de Colombia, Simón Bolívar.*”

“*Lima, 29 de Agosto de 1822.*”

“Querido General: Dije a Ud. en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre-Tagle, las atenciones que me rodea-

ban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora, al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América.

“Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que Ud. me expuso de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, General, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de Ud. y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre Ud. como sobre la República que preside.

“No se haga Ud. ilusión, General. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19,000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8,500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del General Santa Cruz (cuyas bajas, según escribe este General), no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1,400 colombianos que Ud. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que su pro-

longación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males.

“En fin, General; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a Ud. venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un General a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

“No dudando que después de mi salida del Perú el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia y que Ud. no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a Ud. una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a Ud. de alguna utilidad su conocimiento.

“El General Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor que Ud. le dispense toda consideración.

“Nada diré a Ud. sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, General, que le diga que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sur América.

“Hè hablado a Ud., General, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

“Con el Comandante Delgado, dador de ésta, remito a Ud. una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita Ud. General, esta memoria del primero de sus admiradores.

“Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea Ud. quien tenga la gloria de terminar la gue-

rra de la independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor,

“JOSÉ DE SAN MARTÍN”

—
“*Sr. General D. Guillermo Miller.*”

“*Bruselas y Abril 19 de 1827.*”

“Mi querido amigo: voy a contestar a su estimable del 9.

“Después de mi última carta mi espíritu ha sufrido infinito, pues Mercedes ha estado a las puertas del sepulcro de resultas del sarampión, o como niñas de la pensión felizmente la chiquita está fuera de todo peligro, pues ahora tres días se levantó por primera vez; esta circunstancia es la que ha impedido remitiera a Ud. con más atención los apuntes pedidos y que ahora adjunto.

“Los detalles que Ud. me pide de la acción de San José no se los remito en razón de serme desconocidos, pero si Ud. necesita los de San Lorenzo, se los podré enviar con su aviso: también le incluyo un pequeño croquis de la de Chacabuco, pues creo que Ud. no conoce esta posición.

“No creo conveniente hable Ud. lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires; estos asuntos son enteramente privados, y que aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podría manifestarle sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos. A propósito de Logias, sé a no dudar, que estas sociedades se han multiplicado en el Perú de un modo extraordinario. Esta es una guerra de zapa que difícilmente se podrá contener y que hará cambiar los planes más bien combinados.

“Me dice Ud. en la suya última lo siguiente: ‘Según algunas observaciones que he oído verter a cierto personaje, él quería dar a entender que Ud. quería coronarse en el Perú, y que este fue el principal objeto de la entrevista en Guayaquil’. Si como no dudo (y esto sólo porque me lo asegura el General Miller), el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que lejos de ser un caballero, sólo merece el nombre de un insig-

ne impostor y de despreciable pillo (1), pudiendo asegurar a Ud. que si tales hubieran sido mis intenciones, no era él quien hubiera hecho cambiar mi proyecto. En cuanto a mi viaje a Guayaquil él no tuvo otro objeto que el de reclamar del General Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con sus prisioneros y contaba con 3,600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1,070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia, así es que mi resolución fue tomada en el acto creyendo de mi deber el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y a presencia del Vicealmirante Blanco dije al Libertador que habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiéndole: 'ahora le queda a Ud., General, un nuevo campo de gloria en el que va Ud. a poner el último sello a la libertad de la América'. (Yo autorizó y ruego a Ud. escriba al General Blanco, a fin de rectificar este hecho). A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad.

“Mi estadía en Guayaquil no fué mas de cuarenta horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba.

“Dejemos la política y pasemos a otra cosa que me interesa más.

(1) El exabrupto que se observa en parte de esta carta se explica por la noticia insidiosa que encierra; en esos tiempos había mucho interés en producir ruptura en la amistad de los dos grandes hombres del Continente. La falsedad del informe queda probada en todos los actos oficiales y correspondencia que se cruzaron Bolívar y San Martín.

“Mucho le agradezco las noticias que me da del Comodoro Bowles, y de mi parte tenga la bondad de hacerle presente mis sinceros respetos de amistad lo mismo que al caballero Spencer.

“Por el próximo correo remitiré las nuevas noticias que Ud. me pide en su última, pues me es imposible marchen por éste, y no teniendo quién me lleve la pluma para dictar (por hallarse ausente mi hermano), tengo que valerme de un extranjero, lo que hace duplicar el trabajo, para corregir sus faltas.

Tengo cartas de Lima que alcanzan al 17 de Noviembre y de Guayaquil hasta el 3. Nada particular, excepto que la odiosidad contra el ejército colombiano y con especialidad contra sus oficiales crecía con rapidez. De Buenos Aires, con fecha del 7 de Enero, me dicen que el 27 de Diciembre el ejército oriental se había puesto en marcha para batir al brasilero, que se hallaba en las puntas del Yaguarón y que por el 14 ó 15 del siguiente se aguardaba con impaciencia de los resultados.

“Adiós, amigo mío (hágame el gusto de ofrecer mis respetos a mi señora su madre) y estar seguro lo quiere sinceramente su

“J. DE SAN MARTÍN” (1)

P^a—Mi mayordomo en Mendoza, se me escribe, quedaba en la agonía; si su muerte se verifica tendré necesariamente que pasar a América este año para no abandonar mis intereses.

.....

.....

JOSÉ MANUEL GOENAGA

(1) Según Quesada esta carta es decisiva y soluciona definitivamente el problema histórico de la entrevista de Guayaquil; ella formaba parte de los materiales acumulados por el General Miller para la segunda edición de sus Memorias, los cuales están en el archivo del finado Sr. Angel J. Carranza. Fue publicada por primera vez en facsímile en la obra de Alejandro Rosa titulada: *Estudios histórico-numismáticos. Medallas y monedas de la República Argentina*. (Buenos Aires, 1898).

DISCURSO

del Dr. Laureano Vallenilla Lanz en la celebración del Centenario de Boyacá, en Caracas.

SR. MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, SR. MINISTRO DE COLOMBIA, SEÑORAS, SEÑORES:

No acierto aún a explicarme por cuáles razones la Academia Nacional de la Historia me ha distinguido con el alto honor de hablar en su nombre en esta gran fecha de la Emancipación americana. Se trata de celebrar el centenario de una gran batalla, de ensalzar uno de los más hermosos triunfos alcanzados por el genio militar de Bolívar, con el cual, de un solo empuje, o por mejor decir, de un solo vuelo, porque fué de águila aquella rápida ascensión maravillosa, llegó a colocarse al mismo nivel de los más grandes capitanes del mundo; se trata de analizar una campaña llena de magníficos episodios, de singulares peripecias, de golpes maestros de estrategia, erizada de dificultades que hubieran parecido insuperables a un hombre y a un ejército que no estuviesen impulsados por la fuerza poderosa de un ideal; se trata, en fin, de presentar a los ojos de este selecto auditorio, en toda su grandeza heroica, aquella victoria, la primera de las cinco que aseguraron para siempre la independencia de América, y yo confieso, no con humildad, no con afectada modestia, sino precisamente, porque estoy convencido de que la ilustración de un hombre comienza cuando puede darse cuenta exacta de todo lo que ignora, que no me encuentro de ningún modo preparado para cumplir con cabalidad esta tarea.

Pero además de que hay honores que no pueden rehusarse, el asunto me atrae desde otro punto de vista, porque en la obra de los libertadores, en ese acontecimiento único en la Historia que se llama la emancipación de las colonias españolas de América y la creación de las nacionalidades hispanoamericanas, juzgado a la luz de un criterio sociológico, Boyacá viene a ser una etapa brillante de esa formidable evolución, realizada entre glorias y prodigios, que comienza con el hecho colectivo de la revolución de 1810, repercusión lógica de la revolución española contra los ejércitos invasores de Napoleón; que disgrega la metrópoli y disgrega las colonias, que pulveriza la monarquía entera en entidades

políticas microscópicas amparadas en el principio anárquico de la autonomía y de la soberanía primitivas, y termina en España, después de una lucha la más formidable y la más noble que haya podido sostener pueblo alguno, con la vuelta del despotismo inquisidor y estúpido de Fernando VII, y en América con el surgimiento de naciones libres, que arrastradas por los ideales de la Revolución Francesa, enarbolaron con el primer grito de independencia, la bandera de la República democrática.

Cinco años estuvo España sin Gobierno, cinco años en que la unidad nacional, el concepto de la Patria no llegó a personificarse en ninguno de aquellos guerrilleros heroicos, que considerándose cada uno de ellos con fuerzas suficientes para rechazar al invasor, no se sometían a ninguna autoridad ni reconocieron jamás a la Junta Central ni a las Cortes de Cádiz como representantes del desgraciado Monarca. El Gobierno estaba en todas partes sin estar en ninguna; pero el vínculo común existía en la larga tradición dinástica, con toda la fuerza de los prejuicios hereditarios, y España volvió a reconstituírse bajo el ominoso yugo de un príncipe degenerado, defraudando los esfuerzos de aquel pueblo que acababa de dar al mundo uno de los espectáculos más sorprendentes de la Historia.

No fué ese el caso de la América española. Porque el hecho mismo de la Independencia, la ruptura violenta de los lazos que la unían a la Madre Patria, la dejaba de hecho entregada a sus propios destinos, convirtiéndola en aquella incandescente nebulosa de donde al cabo de un cruento y laborioso proceso debían desprenderse para rotar en sus propias órbitas como entidades soberanas, este sistema de naciones, obedeciendo cada una de ellas en su evolución interna, social, política y económica, a sus diversas idiosincrasias emanadas del medio geográfico, de la composición étnica y de las vicisitudes históricas.

Nadie como el Libertador, el primero que en la multiplicidad de su genio formuló las bases sociológicas de la evolución política de la América española, definió con mayor claridad, empleando intuitivamente el método de aproximar los acontecimientos históricos para explicarlos, que más tarde ha sido puesto en práctica por algunos de los más eminentes historiadores modernos; nadie con más precisión definió la situación del Nuevo Mundo y vislumbró su porvenir, a los cinco años

de haber estallado la revolución. "Yo considero el estado actual de la América—dijo en su célebre carta de Jamaica en 1815—como cuando desplomado el imperio romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición de algunos Jefes, familias o corporaciones". Y después de profetizar sus destinos a cada uno de estos países, concluye diciendo: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse: mas esto no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América".

La admirable exactitud con que el Libertador aproxima dos hechos tan trascendentales para la humanidad, como la caída del imperio romano y la desmembración del imperio español, arroja una inmensa claridad sobre la génesis y el desarrollo de nuestras nacionalidades, disipando las tinieblas en que los han envuelto el romanticismo histórico y el empirismo político. Llevado el paralelo hasta sus últimas conclusiones, se ve claramente que los acontecimientos de 1808 en la Península y los de 1810 en Hispano América, revivieron en todo el imperio español el mismo espíritu de localidad y de municipalidad, que aquí como en la Europa del Siglo IV, hizo imposible la reconstrucción de una sociedad y de una patria general. Las ciudades que habían ido perdiendo su soberanía primitiva y su carácter político tradicional hasta quedar reducidas a la simple administración de los asuntos locales, puramente civiles y administrativos, apenas desaparecido el Rey "que era el centro común de la Monarquía" fueron sucesivamente insurreccionándose y cada una de ellas en posesión de su soberanía se levantó por su propia cuenta y se aprestó a defender su territorio contra todo poder extraño y para conservar los derechos del monarca prisionero, sin contar con el auxilio de los demás. "Cada burgo, cada aldea, que en España, de propio movimiento había declarado la guerra a Napoleón, no se aconsejaba sino consigo mismo para organizar la resistencia, reclutar tropas, procurarse recursos y trazarse un plan de campaña: y en esta anarquía organizada,

cada quien dueño de su suerte no tenía que darle cuenta a nadie de sus actos”.

Recuérdense los conceptos de Bolívar en su memorial de Cartagena de Indias al Congreso de la Nueva Granada en 1812, donde apreciando las causas que influyeron en la pérdida de la primera República de Venezuela, y atribuyendo, aunque erróneamente, aquella misma anarquía localista a la constitución federal de 1811, que no llegó a practicarse un solo día, observa que “entonces cada provincia se gobernaba independientemente y a ejemplo de éstas cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de establecer a su antojo el gobierno que les acomode”. En España no se habló de Federación; la palabra tenía entonces un sabor puramente francés, pero el movimiento fué el mismo que en toda la América, la anarquía parroquial asumió iguales caracteres, sólo que aquí ya lanzados en el camino de la emancipación y de la reacción antimonárquica, la bautizamos con aquel nombre sonoro, que repetido por turbas inconscientes, fué en toda la América y más tarde en la misma España, bandera de reivindicaciones democráticas, de ambiciones caciquistas y de impunidad para todos los delitos. Pues nada es más cierto en la Historia que la influencia funesta de las nociones vagas, de las verdades incompletas, de las ideas generales imperfectamente comprendidas, de las puras abstracciones, que semejantes a las nubes de Aristófanes “divinidades de los espíritus perezosos” sólo sirven para engendrar revolucionarios y demagogos. Casi setenta años más tarde, cuando las ideas liberales lograron por fin trasmontar los Pirineos, se produjo de nuevo en España, con la caída de la Monarquía, exactamente el mismo movimiento disgregativo que en 1808. Pi y Margall, ya sin el peligro que amenazó a los heterodoxos, de ser achicharrado por el Santo Oficio, traduce al castellano las quimeras de Proudhon y entonces surgen por todas partes, como en nuestra América, los federalistas teóricos que sancionan con la doctrina el viejo fermento individualista, típico de la raza, por el cual “es España el país de los guerrilleros, el país de las behetrías, el país de los descubridores y aventureros por propia cuenta y contra el cual nada pudieron la centralización de Roma, ni el sentido unitario de la Iglesia, ni el absolutismo de la Monarquía”. Y entonces, con la

inaudita proclamación de la República española, la Madre, al igual de las hijas, pretende también cubrir con el manto estrellado de la federación los alfoces, las merindades y behetrías, que reclamaban, contra el gran movimiento de integración nacionalista que se realizaba en el mundo, el derecho de continuar viviendo en el mismo aislamiento geográfico, político y económico de los tiempos más remotos de su historia, cuando "cada villa, cada alfoz, cada comunidad—como dice Marina—era una pequeña república independiente, con diferentes leyes, opuestos intereses y distintas costumbres, y los miembros de cada comunidad miraban como extraños y a veces como enemigos a los de las otras".

Cuando el Libertador, poseído del grandioso pensamiento de la Independencia y empujado, pudiéramos decir por el destino, que le llevó a ser el único hombre capaz de presidir la unificación de todos aquellos elementos dispersos para conducirlos al triunfo, se oponía a la disgregación federalista calificándola de "anarquía sistematizada", los ideólogos, los dogmáticos del constitucionalismo, dispépticos de la Enciclopedia, proclamaban como un nuevo dogma, que no tenía de nuevo sino el nombre, la doctrina federal, sin darse cuenta de que aquella dispersión que estaba en las tradiciones españolas contra las cuales querían sin embargo reaccionar, era al mismo tiempo la primera manifestación del eterno proceso evolutivo que aplicado al desenvolvimiento social o superorgánico, conduce del estado crítico de dispersión de hordas y de tribus a la cohesión en pueblos y naciones; de la disgregación primitiva a la integración y a la unidad nacional que se realiza fatal y necesariamente bajo la autoridad del César que engendra la anarquía. Mazel ha sentado este principio comprobado hasta la saciedad por la historia universal: "El absolutismo ha fundido el molde de todas las nacionalidades actuales, unificando su administración económica, civil y militar".

Como la misma Roma en toda la extensión de su vasto imperio, España había dejado también en América, al desaparecer, todos los elementos que pudieran dar nombre a una nación, todos los materiales constitutivos de una sociedad, principios de gobierno, leyes civiles y administrativas, estado eclesiástico, poderes religiosos y civiles, tradiciones de libertad y de independencia individual; y a pesar de esto en ninguna parte pudo constituirse en los primeros años de la

revolución, una nación, ni un gobierno propiamente dichos; porque como en la Europa medioeval—según la autorizada afirmación del gran Guizot—aquí tampoco existía “ningún pueblo, ni un verdadero gobierno en el sentido que hoy damos a estas palabras”; sólo se veían por todas partes “una multitud de fuerzas particulares, hechos especiales, aspiraciones locales, mas nada general ni público, ninguna política propiamente dicha, ninguna nacionalidad”.

Pero cuando en otros países de nuestra América el organismo social de la colonia se mantuvo a pesar de la revolución por la preponderancia de sus altas clases sociales, por el quietismo y el gregarismo indígenas, que había anulado el individualismo hispano, por las disciplinas de la iglesia católica, conservándose hasta cierto punto, la jerarquización social, la solidaridad creada por el aislamiento municipal y alimentada por una paz de siglos, rasgos que aun al presente caracterizan a algunas de estas naciones, porque dentro de esos moldes tradicionales se ha realizado necesariamente toda su evolución nacionalista, en los países de llanuras como el nuestro, donde una gran parte de la población se había conformado en la vida pastoral y nómada, con todos sus caracteres de individualismo y de barbarie, la revolución asumió fases tan sangrientas, su ferocidad llegó a tal extremo, que las relaciones de aquellos días pavorosos parecen páginas arrancadas a los historiadores que más dramáticamente han descrito la invasión de los bárbaros germanos. Boves, Yáñez, Calzada, Ramos, Vargas, Torrellas y la turba de guerrilleros surgidos por generación espontánea del fondo de nuestras llanuras, fueron para Venezuela como otros tantos “Azotes de Dios”. “¡Qué horrorosa devastación, qué carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos!—exclamaba Muñoz-Tébar, el brillante y desgraciado Ministro de Bolívar en 1814.—La execración que seguirá a Yáñez y a Boves será eterna por los males que han causado; partidas de bandidos salen a ejecutar la ruina, el hierro mata a los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos los de ambos sexos; las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos. Se observa en todos el proceso del dolor, en sus miembros arrancados, en sus cuerpos lanceados, en los que han sido arrastrados a las colas de los caballos. Ningún auxilio de religión les han proporcionado

aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros de la religión. En Mérida, en Barinas, en Caracas, apenas hay una ciudad o pueblo que no haya experimentado la desolación..... algunos han sido consumidos por las llamas; otros no tienen ya habitantes". Y el Arzobispo Coll y Prat, ante cuya dorada capa pluvial no sintieron miedo aquellos modernos bárbaros inconvertibles, escribía lleno de espanto y de dolor: "Mi espíritu se conmueve y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos; los incendios y devastaciones; la virgen violada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo....., y cada uno buscando a su hermano para matarle; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos, los huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo venezolano: ¡todo esto está en mi corazón!"

¡Señores! Cuando se recuerdan estos hechos que apenas datan de un siglo, cuando se mide en todo su horror y su grandeza el inmenso sacrificio de Venezuela por su propia independencia y por la de todo el Continente, es casi imposible contener el impulso que nos arrastra, a buscarle algo de sobrenatural, de sobrehumano, al hombre que con sólo el poder de su genio, con la fuerza única de su inteligencia y de su voluntad forja en la fragua de aquella inmensa anarquía, de aquel desbordamiento "de apetitos brutales, de aquellas rebeliones atávicas de la carne y de la sangre, de aquellos accesos de salvajismo irresistible que demolían la sociedad", los elementos necesarios para alcanzar el triunfo de un ideal grandioso de humanidad, de libertad, de redención individual y colectiva, sembrando en aquellos cerebros rudimentarios, en aquellos rudos corazones ideas y sentimientos que iban a ennoblecerlos a los ojos de la posteridad, hasta convertirlos en héroes de leyenda. Pero ¡no! No nos dejemos llevar por ese romanticismo pueril que ha pervertido el criterio de las pasadas generaciones: divinizando a Bolívar lo empequeñecemos; humanicémoslo para engrandecerlo!

Del mismo modo que el bárbaro germano en el antiguo mundo, el llanero introdujo en Venezuela un sentimiento que era desconocido en la sociedad colonial, vivo reflejo de la sociedad romana—como lo observa D. Andrés Bello.—El llanero como el bárbaro, como el nómada en todos los tiempos y en todas las latitudes, se

caracteriza por "la afición a la independencia individual, por el placer de solazarse con sus bríos y su libertad en medio de los vaivenes del mundo y de la existencia; por la alegría de la actividad sin el trabajo; por la afición a un destino azaroso, lleno de eventualidades, de desigualdad y de peligros; tales eran sus sentimientos dominantes y la necesidad moral que ponía en movimiento aquellas masas humanas. Mas a pesar de esta mezcla de brutalidad, de materialismo y de egoísmo estúpido, el amor a la independencia individual es un sentimiento noble, moral, cuyo poder procede de la humana inteligencia; es el placer de sentirse hombre; el sentimiento profundo de la personalidad, de la voluntad humana en la más libre expresión de su desarrollo". En la ausencia del colectivismo, del gregarismo creado por las leyes de origen romano y por el cristianismo que no tuvieron jamás influencia en nuestras llanuras y cuyas instituciones ahogan al individuo en la asociación y tienden, sobre todo la Iglesia, a imponer el sacrificio, la renunciación personal en pro de la humanidad toda entera, el individualismo surgido de las ruinas de la sociedad colonial impuso un nuevo elemento de gobierno, desconocido hasta entonces entre nosotros, como había sido desconocido en el mundo antiguo antes de la destrucción del imperio romano, y que no ha existido en nuestra América, en aquellos pueblos que no tienen llanuras ni caballos, y cuya evolución se ha realizado dentro de los más puros moldes coloniales, con la debilidad de los gobiernos y la preponderancia de la Iglesia; ese elemento fué el patrocínio militar, la supremacía del más fuerte, del más sagaz, del más vigoroso, del más valiente; el vínculo establecido entre los individuos, entre los guerreros, que sin destruirla libertad individual ni la igualdad característica de los pueblos pastores, ni aquel orgullo personal de que habló el Libertador: "llaneros determinados que nunca se creen iguales a los otros hombres que valen más o aparecen mejor", estableció sin embargo una subordinación jerárquica de donde surgió también como en la Edad Media europea nuestro feudalismo caudillesco. Desde entonces se creó como base fundamental de nuestra constitución efectiva y de nuestra moral política, el compromiso de hombre a hombre, el vínculo social de individuo a individuo, la lealtad personal sin obligación colectiva fundada en los principios generales de la sociedad, para llegar, por una evolución necesaria, al reconocimiento de

un Jefe Supremo como representante de la unidad nacional. "General, Ud. es la Patria", le dijeron a Páez los separatistas de 1830.

Es en ese formidable trabajo de concentración, de unificación, donde aparece más grande el genio incomparable de Bolívar. Hay necesidad de seguirlo paso a paso; de verlo cómo, derrotado, fugitivo, cargando con el fardo de culpas que la humanidad arroja siempre sobre los vencidos, deponer por un momento la espada, para empuñar la pluma de las profecías; justificar ante el mundo la causa de la independencia de América, despreciar las recriminaciones personales para examinar como un psicólogo, como un determinista, las causas profundas de aquellos primeros fracasos de la guerra y exhibirse, como lo fué en realidad, el más alto representante de la Revolución. Para pisar después las playas de la patria sometida, y solo, casi inerme, imponerles su autoridad a todos aquellos señores feudales, a todos aquellos caudillos que tenían ya bajo sus órdenes a los mismos degolladores de Boves y de Yáñez, que huyendo de la fuerte disciplina del Ejército Expedicionario, y acogiéndose, guiados por sus mismos impulsos característicos a las banderas del partido independiente, se habían declarado de propio movimiento señores absolutos del territorio en que operaban sus fuerzas, sin sujeción a ninguna otra autoridad.

Esta era la situación de Venezuela cuando el Libertador desembarcó en Barcelona el 1º de Enero de 1817. "Demasiado débil entonces para hacer ejecutar sus órdenes, dice O'Leary, y de sobra político para intentarlo sin seguridad de éxito, Bolívar empleó los medios más suaves para impedir el cisma del estado (que no existía sino en la mente de unos cuantos espíritus superiores) y procurar en lo posible llevar a cabo la fusión de las provincias bajo un gobierno central".

Ninguno de los medios empleados por Bolívar hasta entonces había sido eficaz para contener aquellas tendencias disgregativas, que eran sencillamente manifestaciones orgánicas. Arismendi, el señor feudal de Margarita, le había negado antes el permiso de arribar a la Isla; José Francisco Bermúdez que aparece en la historia como una reencarnación de los conquistadores, heroico y turbulento, había llegado al extremo de tirar de la espada amenazándolo de muerte; y lo hace embarcar en Güiría precipitadamente; y ahora en Barcelona, Monagas mismo, que fué siempre de los menos

insubordinados, aparece rehacio a prestarle auxilios, cuando el Libertador, encerrado en aquella plaza y cercado de tropas con qué rechazar al ejército realista que se aprestaba a atacarlo, le dice al señor feudal de la Provincia: “.....estoy resuelto a sepultarme entre las ruinas de esta ciudad y a comerme hasta las mujeres, antes que abandonarla, esperando que los auxilios que he pedido a las divisiones de los llanos que lejos de acercarse, se han alejado contra las órdenes expresas que dí al General Arismendi de hacerlas venir todas sobre esta plaza, en el caso que los enemigos se acercaran, como sucede actualmente”. Son muy significativas sus palabras en una de aquellas desesperadas comunicaciones al General Monagas: “Si el Jefe no es apto para mandar, se nombra otro, pero siempre debe obedecerse. Si yo me he encargado del mando es porque he contado con la cooperación de mis compañeros de armas, la cual debe salvarnos y sin ella pereceremos todos”.

El General Piar, que poseído de su odio contra los mantuanos caraqueños, había llegado a comprometer el éxito de la batalla del Juncal, resuelve, con la gran visión militar que tuvo siempre, invadir a Guayana por su propia cuenta, desoyendo después las constantes excitaciones que le hace el Libertador para “formar una reunión general de todas las divisiones que están separadas por grandes distancias y en la necesidad de obrar parcialmente, expuestas así a ser batidas y a aventurar la salvación de la Patria”.

La rivalidad de los Jefes de Oriente y de Occidente que ya tantas veces se había manifestado desde 1813, y la de los diversos caudillos entre sí, es la nota resalante en toda aquella época. El mismo Piar califica de prevención y complot de caraqueños la resistencia justificada del Comisario General de las Misiones, Coronel José Félix Blanco, para enviarle los excesivos auxilios que le pedía. Mariño y Bermúdez, habituados a proceder por su propia cuenta, prestan siempre una obediencia condicional e intermitente.....; y allá en las llanuras de Apure y Casanare se levantaba formidable, invencible, dueño absoluto de vidas y haciendas, asombrando con su valor y su pericia al propio Ejército Expedicionario, el más típico, el más representativo entonces de los caudillos de Venezuela. El mismo definió años más tarde aquel inmenso poder, como hubiera podido hacerlo cualquiera de los señores de horca y cuchillo en los tiempos más remotos del régimen feudal: “..... yo

he sido—decía en 1822—uno de los altos representantes acostumbrados a obrar por sí.....; yo mandé un cuerpo considerable de hombres sin más leyes que mi voluntad; yo grabé moneda e hice todo aquello que un señor absoluto puede hacer en sus Estados”.

Mariño y Bermúdez en Cumaná. Monagas en Barcelona, Andrés Rojas en Maturín, donde se titulaba Capitán general de mar y tierra y proclamaba que en sus dominios no mandaría ningún blanco; Piar y Cedeño en Guayana; Páez en Apure y Barinas; Ramón Nonato Pérez en Casanare y multitud de guerrilleros oscuros actuando independientemente en sus respectivas jurisdicciones, como los caciques de las tribus precolombianas, pasándose alternativamente a los patriotas o a los realistas según las conveniencias del momento, esa fué la situación de Venezuela en todos aquellos años, hasta cuando posesionado el Libertador de Guayana y teniendo ya bajo su autoridad a la mayor parte de los caudillos disidentes, castiga en Piar, el más encumbrado de ellos por su valor y por su gloria, la “culpa” en que todos habían incurrido. Piar aparecía como el exponente más caracterizado de la anarquía caudillesca y de la anarquía de razas.

Entonces dirige sus miradas hacia Apure; envía una Comisión a Páez para pedirle el reconocimiento de su autoridad, no como el homenaje lijio que los reyes imponían a los señores feudales, sino en nombre de algo más grande, de algo más noble, de un ideal y de un sentimiento que iban a abrirle de par en par a aquellos llaneros incultos las puertas de la inmortalidad. Y luego va él mismo. No teme de ningún modo a la impresión que sus modales cortesanos y su figura de gran señor van a producir entre hombres semibárbaros, robustos atletas, “para quienes las virtudes civiles y aun las militares de cierto orden elevado, eran cosa extraña y peregrina.” Todavía medio siglo más tarde, en las Memorias del General Páez, que había alcanzado un alto grado de cultura, se palpa la impresión que en el formidable señor de las llanuras produjo la “débil complexión” del Jefe Supremo: “Hallábase entonces Bolívar—dice—en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que puede dar la vida ciudadana. Su estatura sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe..... Para los que crean hallar las señales del hombre de armas en

la robustez atlética, Bolívar hubiera perdido en ser conocido lo que había ganado con ser imaginado.....” Qué inmensos esfuerzos de voluntad, de energía, de inteligencia, de habilidad, mil veces mayores que los que le dieron el triunfo en toda la extensión del Continente, tuvo que desplegar entonces el Libertador para imponer su autoridad a los cosacos de Apure! Pero allí estaban los elementos indispensables para la realización de sus vastos designios. El caballo, que había hecho la Conquista de América, que había facilitado a un grupo de valientes aventureros de la empresa fantástica de someter todo un mundo, poblado por millones de hombres, al cetro de los Reyes de Castilla, y que aquí mismo acababa de destruir junto con la flor y nata de la sociedad colonial la soñada República de los patricios y de pisotear los frescos laureles de 1813, va a ser ahora, bajo la ruda mano del llanero indómito, el más firme baluarte de la Emancipación; sus cascos victoriosos van a hollar las más encumbradas cimas de los Andes, para alcanzar su consagración heráldica, como símbolo de la Libertad de un mundo, en el escudo de armas de la Patria del Libertador.

Sería imposible, señores, reducir a las limitadas proporciones de un discurso, el estudio pormenorizado de aquella pugna sostenida entre Bolívar asesorado por un pequeño grupo de intelectuales que como él soñaban con la Independencia de toda la América, y los Caudillos, los hombres representativos de la disgregación y de localismo anárquico, incapaces entonces de extender sus miradas más allá de los límites de la parroquia nativa. Pero las leyes sociales como las leyes físicas se cumplen a despecho de la voluntad de los hombres. Por una de esas leyes expuesta con admirable claridad por los hombres de ciencia, era necesaria y fatal, en medio de aquella espantosa anarquía, la aparición del hombre capaz de integrar, de unificar aquellos elementos dispersos, de concentrar bajo una autoridad indiscutible e indiscutida, aquellos fragmentos en quienes existía latente, pero sin unidad posible, la idea que él solo estaba llamado a representar en primer término, la causa que él debía llevar al triunfo definitivo. Porque cuando los demás no pensaban sino en sus patriecitas él no veía más patria que la América; y aun en medio de las mayores dificultades, de los mayores desastres, cuando la crudeza y la fealdad de las realidades eran capaces de secar las fuentes de todo ensue-

ño, su imaginación volaba sobre las cordilleras andinas, y aun luchando en una brega de oscuro guerrillero con los indios de Clarines en 1817, la obsesión de su gloria, la consciencia de su destino y de su genio le llevaban al Potosí. En tanto uno de aquellos grandes pensadores de la Revolución, que como Zea, Restrepo, Rodríguez Torices, Urbaneja, Mendoza, que como el gran Camilo Torres habían adivinado el genio de Bolívar y abrigaron siempre la fe más absoluta en sus grandes destinos, aquel anciano integérrimo a quien el Libertador llamó más tarde el Néstor de Colombia, D. Fernando de Peñalver, le escribía en 1818: "Si hubiera sido posible reunir a Santander con su división al ejército de Apure, para dar un solo golpe y volverse después a su Casanare, tal vez estaría decidida la campaña; pero Casanare es como Cumaná y Cumaná como la Margarita, y por esta dificultad de reunir nuestras fuerzas cuando es necesario está siempre expuesta la suerte de la República. Cuánto mal—exclamaba—nos hace la falta de un espíritu nacional y el apego de nuestros Generales y Oficiales a sus Provincias!"

Pero allí estaba ya el Libertador. En todas las grandes revoluciones anarquizadas que registra la historia, ha aparecido siempre ese hombre, ese sér superior, ese Jefe, ese gran unificador. Pero no todas las revoluciones han tenido la fortuna de encontrar en el Hombre Representativo aquellas excelsas cualidades que han sido las características del Genio. Casi siempre cuando las sociedades se disgregan, cuando se desmigajan en un torbellino de átomos, cuando no hay partidos sino facciones, *sindicatos de egoístas*; en que cada quien no piensa en el momento psicológico sino en su interés y en su venganza, entra en escena—como dice Nietzsche—el César que va a dominar todos esos egoísmos rivales.

El Azar, la Providencia, el Destino; concentró en el espíritu del hombre a quien tocó la obra de integrar los elementos dispersos de la Revolución en la mayor parte de América, por raras combinaciones étnicas, como con tanto acierto lo ha escrito uno de nuestros distinguidos colegas de la Academia, todas las energías de una raza y todos los elementos psicológicos del genio. Nacido para dominar a los hombres, Bolívar cabalgaba sobre el dorso de las tempestades políticas y las enfrenaba con el poder de su talento para dirigirlas hacia

remotos horizontes que él solo era entonces capaz de vislumbrar!

Taine y Vandal observan que después del terror, la Francia se hallaba dispuesta a exaltar un dictador. Esa era exactamente la situación de Venezuela. Pero así como de aquella espantosa anarquía surgió Simón Bolívar, ha podido surgir también Mariño, Piar, Bermúdez, Páez o cualquier otro que si hubiera tenido poder para contener y disciplinar aquellos elementos dispersos y sofrenar la anarquía habría, carecido incuestionablemente de aquella amplitud de miras, de aquellas dotes superiores, que después de haber dado vida a la Gran Colombia, condujo triunfantes y redentoras las banderas de la Revolución hasta el extremo sur del Continente.

No obstante sus propósitos y la necesidad de unificar todos aquellos elementos, la habilidad política del Libertador y el perfecto conocimiento que tenía del espíritu que dominaba a los caudillos, le hace a menudo temporizar con ellos. A cada uno de los Jefes de mayor influencia en sus respectivas Provincias le confiere desde Guayana el mando político y militar, y ampara en cierto modo sus derechos feudales declarando, por ejemplo, ante las quejas que Nonato Pérez le dirige por los actos de autoridad que Páez pretende ejercer en su Provincia "que la independencia de Casanare respecto a Barinas, es de tanta justicia, que no ha sido necesaria una declaración siquiera. Casanare goza de los mismos privilegios y derechos que las demás Provincias Unidas de Venezuela." Y el General Monagas que protesta contra el General Pedro Zaraza, porque éste pretendía retener bajo su autoridad al Distrito de San Diego de Cabruta, perteneciente a la Provincia de Barcelona, le dice: ".....La Provincia de Barcelona, cuyo mando he confiado a U. S. no ha tenido por mi origen ninguna desmembración; así es que U. S. debe ejercer su jurisdicción en todo el territorio comprendido entre los límites que demarcaban en el antiguo régimen la Provincia de Barcelona."

Cada uno en su región quería defender la Patria como ellos la entendían, y triunfar orgullosamente del enemigo en una emulación caballeresca, sin extraños auxilios. Así lo observó el mismo Peñalver, cuando en 1818 decía al Libertador: "El deseo que han tenido nuestros Generales de vencer sin la cooperación de los demás, para recoger solos los laureles, los ha hecho

aventurar siempre sus fuerzas, y ha sido causa de muchas desgracias. ¡Cuándo tendrán término las rivalidades que han hecho derramar tanta sangre inocente y perdido la causa pública!”

Todos nuestros historiadores están acordes en culpar de insubordinados a nuestros grandes caudillos, y acaso sea el General Páez sobre quien haya caído con mayor fuerza el tremendo cargo. Este se defendió toda su vida de semejantes acusaciones alegando actos de constante sumisión al Libertador. Pero si el señor de las llanuras hubiera ahondado un poco en sus recuerdos, si hubiera analizado su situación personal entre las hordas de Apure, y hasta sus propios instintos en aquella época, habría encontrado argumentos suficientes con qué explicar y justificar su conducta. Y si otro tanto pudiera decirse de todos los demás caudillos, en Páez las razones eran mucho más poderosas, por las condiciones especiales de la región que dominaba. Limitado el territorio de Apure por grandes ríos y distinguiéndose hasta de las otras regiones llaneras del país por condiciones especiales del suelo, sus habitantes habían constituido siempre como un pueblo completamente autónomo, que como los nómades de Mesopotamia, como las tribus del Irab Arabi, los Chamara y los Beni Lam, invadían desde los tiempos más remotos de la Colonia las poblaciones vecinas, robándolas y asesinandolas, para volverse luego a sus guaridas, como lo rezan muchos documentos existentes en nuestro Archivo Nacional.

Cuando en 1818 el Libertador resolvió invadir la Provincia de Caracas, solicitando precisamente una metrópoli a la centralización que luchaba por implantar, tuvo que plegarse a los deseos del General Páez, que después de haberle opuesto grandes dificultades para continuar la marcha hacia el centro, resolvió volverse a San Fernando, “porque las tropas de Apure—dice O’Leary—eran más bien el contingente de un Estado confederado que una división del Ejército. Ellas deseaban volver a sus hogares, y cualquier oposición en aquellas circunstancias, sin remediar los males que su ausencia temporal produciría, habría ocasionado su completa dispersión.”

O’Leary, Restrepo y otros, encuentran que todavía entonces, en vísperas, puede decirse, de emprender las campañas decisivas de la Independencia, la situación del Libertador respecto de todos los Caudillos, era

exactamente la misma que la de los Reyes de Europa en los tiempos del Gobierno feudal más estricto, cuando los grandes señores podían impunemente resistir a sus soberanos.

Pero al Libertador le bastaba únicamente mantener el vínculo que ya había logrado establecer con cada uno de los caudillos; ya existía entre ellos el compromiso individual basado sobre la lealtad, sobre el honor, y seguro de que sabrían defender la Patria con el heroísmo y la abnegación de que tantas pruebas habían dado hasta entonces, instala el Congreso de Angostura, que le confiere el título de Presidente después de haber renunciado siquiera en la fórmula el mando absoluto de que estaba investido, para demostrar a aquellos rudos guerreros, que existía algo superior al régimen de la fuerza imperante hasta entonces, y comprobar ante el mundo que la Revolución hispanoamericana no era una insurrección, sino una lucha noble y gloriosa por los grandes principios de libertad y democracia a cuyo impulso había sucumbido en Europa el absolutismo de los Reyes; y con aquel su genio insuperable, adelantándose a todos los postulados sociológicos que al presente andan más en boga, analiza las bases étnicas y psicológicas de nuestra constitución social, pide un Código de leyes venezolanas; y en una síntesis brillante les dice a los ideólogos, fabricantes de constituciones: "Que no se pierdan las lecciones de la experiencia y que las Escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las Naciones con leyes propias, justas, legítimas y sobre todo útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un Gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la Nación para quien se constituye..... El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política."

Es en ese mismo documento donde, seguro del éxito de la campaña que desde hacía un año venía preparando para libertar a la Nueva Granada y hacer efectiva por el triunfo de las armas la creación de la Gran Colombia, traza con visión profética y con una elocuencia majestuosa que no superan los más grandes oradores de todos los tiempos, el grandioso porvenir de la

América. Yo quiero amparar con ella la pobreza de mi palabra, quiero traer aquí sus conceptos para decir, que sus triunfos militares, por más que tengan el prodigio de Boyacá, no son sino detalles, cuya ejecución pueden discutírsele, para adornar la frente de otros, con uno solo de los múltiples laureles que no caben en aquella cabeza milagrosa: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y Gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados..... Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del Universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la Naturaleza había separado y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo mundo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la Naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno."

Unos meses más tarde "en una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, decide la invasión de la Nueva Granada", que ya había anunciado a aquellos pueblos un año antes cuando con el tacto exquisito con que sabía escoger a los ejecutores de sus planes había enviado a Francisco de Paula Santander, ascendido ya a General de Brigada por los grandes servicios que había prestado no sólo a su Patria sino a Venezuela en toda aquella época de cruda guerra, acompañado del Coronel Jacinto Lara y de los Comandantes granadinos Joaquín París, Antonio

Obando y Vicente González y llevando aquella célebre proclama en que decía a los granadinos:

“El día de la América ha llegado, ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertasteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas algunas Provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la Libertad.”

Y la promesa fue cumplida. Setenta y cinco días bastaron para que el Ejército español de la Nueva Granada quedase destruído. El asombro que la campaña milagrosa causó en el Jefe del Ejército Expedicionario, que ni siquiera había sospechado el plan del Libertador, se traduce en aquella exclamación, en aquellas cinco palabras que hacen su más completa apología: “El solo es la Revolución.”

Si para los conocedores profundos de la ciencia militar, si para los egregios cantores de nuestra epopeya emancipadora el paso de los Andes sembrados de victorias, es digno de los más grandes Capitanes del mundo, para los que hemos seguido siquiera a grandes rasgos todos los antecedentes de aquella etapa, de la cual arranca la misión más brillante del Libertador, Boyacá surge de una borrasca sangrienta, de una lucha de pasiones innobles, de egoísmos feroces, de rivalidades irreductibles, como la Venus antigua de las hirvientes espumas de los mares primitivos.

El Libertador va a presidir ahora la integración de todos los elementos que la caída del imperio español en América había disgregado. Como César, como Alejandro, como Napoleón, él va a concentrar también pero a la sombra de las banderas de la Independencia y en nombre de los principios republicanos, a todos aquellos pueblos, que necesariamente debían realizar la evolución que el sabio alemán Lamprecht, compara a una línea helicoidal, y por la cual la humanidad entera, comenzando por la dispersión de pueblos y de razas aisladas y enemigas, ha ido acercándolas, compenetrándolas, disminuyendo las tendencias individuales de los pueblos y de razas predominando en la cohesión un

sentimiento cada vez más amplio de humanidad, hasta encontrar hoy en el estado de mayor integración de países civilizados con el designio manifiesto de constituir aquella Sociedad de Naciones que para la América emancipada soñó el Libertador.

Cuando en 1825, a raíz de la victoria final de Ayacucho, flameaban sobre las almenas del antiguo Palacio virreinal, en la opulenta ciudad de los Incas las banderas de todas las Naciones recién emancipadas, el Libertador había cumplido su misión. Eliminado de la escena política de la América el General José de San Martín, el único que había representado en el Sur el papel de Bolívar en el Norte, tocó a nuestro héroe la inmensa gloria de concentrar bajo su autoridad única, siquiera fuese por breves instantes, a todos los pueblos hispanos de Sud América. Y así como "de la máxima concentración napoleónica se produjo la dispersión de las aspiraciones nacionales", de la máxima concentración boliviana surgió poderoso en nuestra América el principio de las nacionalidades.

Excelentísimo Sr. Ministro de Colombia: La Academia Nacional de la Historia os ruega hagáis llegar al Gobierno y al pueblo colombianos, en este día en que juntos celebramos el Centenario de aquella gran batalla donde rayó en lo sublime el heroísmo y el sacrificio de ambos pueblos, los votos que los venezolanos todos estamos formulando porque jamás se rompan los lazos que comenzaron a formarse en 1813 y que se estrecharon en Boyacá y en Carabobo. Hoy, señor, en toda la extensión de las dos Repúblicas, no hay un solo corazón que no lata emocionado a los recuerdos grandiosos de este día ni un solo labio que no pronuncie con veneración y con amor el nombre de BOLÍVAR.

Sr. Ministro de Instrucción Pública: La Academia os agradece a Vos y a los demás Miembros del Poder Ejecutivo, el realce que con vuestra presencia habéis dado a la solemnidad de este acto, que como todos los consagrados a celebrar el Centenario de Boyacá, se realizan en medio de la paz y de la confraternidad implantadas felizmente en nuestra Patria por el egregio Caudillo que hoy representa la integridad de la Patria y a quien con la fuerza de su brazo y sus grandes dotes de hombre de Estado ha tocado la gloria de consolidar definitivamente, al cabo de cien años, la obra de unificación nacional iniciada por el Libertador.

UN SACERDOTE PROCER Y SABIO

Nuestra guerra de independencia es, por la múltiple variedad de episodios sublimes que ofrece y por los caracteres excepcionales de los personajes que actuaron en ella, sin duda alguna la más grandiosa epopeya que presentan los anales de la humanidad. Allí nada falta, todo abunda: guerreros indomables y cuasi fabulosos como Páez, rey de una legión de centauros, nunca vista; heroínas, madres e hijas, modelos de virtud y valor; estrategas tan certeros y científicos como Sucre; demagogos tan brillantes como Nariño; tribunos de encendida elocuencia como Torres; hijos que van al sacrificio por salvar la vida de sus padres; esposas que siguen a sus maridos al pie del ejército por en medio de selvas y montes; sacerdotes que, desceñida la espada del soldado, alzan a Dios cada mañana la hostia santa y alternan sus labores militares con las muy sagradas de su ministerio, y por último Bolívar, el que lo supo todo, el vencedor de imposibles, a quien aclamaron imperator miles y millones de hombres.

Tarea muy grata es solazar el espíritu evocando el recuerdo de hazañas y de hombres dignos de la historia y dejar así a los que vienen el ejemplo de los que fueron.

Larga es la lista de los eclesiásticos que se distinguieron en la guerra de la emancipación; de un modo o de otro contribuyeron ellos al triunfo de las ideas republicanas. En tropel se vienen a la memoria: Jorge Ramón de Posada, el primero que dió libertad a sus esclavos sin que nadie ni nada se lo impusiera; Andrés Rosillo, Ignacio Mariño a quien Bolívar y Santander llamaban "señor Coronel Padre Mariño"; Francisco Javier Gómez, el mismo que en 1810 notificó la prisión a la Virreina; Andrés Ordóñez y Cifuentes, apellidado por Sámano "el clérigo hereje"; Gómez Plata, capitán, que se batió en Boyacá como un valiente, prelado después muy ilustre de Antioquia, al cual llamó el General Mosquera "el obispo ciudadano", y Vélez, y de la Calle y mil más, cuyos nombres son prez y honra de la Patria.

Vamos a dar algunas noticias de un sacerdote, ilustre por su ciencia e insigne por su patriotismo y virtud, cuya vida y merecimientos han permanecido

ignorados casi en absoluto. Nos referimos al padre Céspedes.

Juan María Céspedes nació en Tuluá; fué bautizado allí mismo el 21 de febrero de 1772. Es éste el verdadero año de su nacimiento y no el que traen Vergara y Scarpetta, en su Diccionario Biográfico, y D. José Joaquín Ortiz, en un artículo que publicó en elogio de Céspedes en la *Gaceta Oficial* correspondiente al 5 de Marzo de 1848, los cuales dicen que nació el 25 de Agosto de 1776.

El Sr. Guillermo E. Martínez, en su monografía de Tuluá, trae la partida de bautismo que comprueba lo que aseguramos:

“Hoy día del Señor veintiuno de febrero de dicho año de mil setesientos setenta y dos puse óleo y crisma a Juan María hijo legítimo de Carlos Céspedes y Josefa Vivas, padrinos Ignacio Machuca y Francisca Vivas y lo firmo.

DR. ZÚÑIGA”

En su cristiano hogar recibió Céspedes los primeros elementos de su educación religiosa y literaria. Cuentan que era muy amante del campo y de hacer excursiones por los montes vecinos observando la belleza de la opulenta naturaleza de los trópicos; acá vadeaba un arroyo, allá escalaba la cima de un risco, más allá cazaba un animal o admiraba y analizaba una planta; así, viviendo como un *boy-scout*, se formó el que más tarde fué docto botánico y que, fugitivo por los bosques, anduvo errante entre fieras y bichos por salvar la vida de la persecución de los tiranuelos pacificadores.

A los 19 años de edad fué enviado el joven Céspedes a estudiar en Santafé. En esta ciudad cursó retórica, latín, filosofía y derecho civil. Parece que alguna calamidad doméstica le obligó a interrumpir sus estudios, por lo que hubo de volver a su ciudad natal sin recibir el grado de doctor en derecho. En Tuluá se dedicó a la enseñanza del latín. Quizás en este intervalo fué cuando Céspedes se decidió a abrazar la carrera eclesiástica, la que estaba muy conforme con su espíritu inclinado al estudio y al retiro, y sin duda, alentado con el ejemplo de ese patriarca de la ciencia, sacerdote de Dios y de la naturaleza y amigo de Linneo, que se llamó José Celestino Mutis.

Estudió en Popayán Teología y Moral; obtuvo el doctorado en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, en Bogotá, el 19 de Noviembre de 1804. Vuelto a Popayán recibió las sagradas órdenes en los meses de Abril y Mayo de 1805, según Ortiz, o de 1806 según la opinión del ya citado Martínez. Inmediatamente se hizo cargo del curato de Caloto que sirvió por intervalos durante 14 años. (*)

Es sabido que la visita a América de Humboldt fué estímulo poderoso para el cultivo de las ciencias en aquellos tiempos, y que Mutis reunió en torno suyo una multitud de jóvenes que brillaron después como sabios y como patriotas. Algunos sobrevivieron, otros, muchos, cayeron acribillados a balazos por los enemigos de la libertad de América: Caldas y Ulloa, Lozano y José Ignacio Pombo, Frutos Joaquín Gutiérrez y José María Cabal, Zea y Fernández Madrid, Joaquín Camacho y José Manuel Restrepo, todos recibieron la luz que irradiaba de ese foco cuyo centro era el ilustre gaditano que preparó las inteligencias para recibir la semilla libertadora que el precursor Nariño regó con la publicación de los Derechos del Hombre.

Mutis es el precursor intelectual de la independencia. ¿Estará lejano el día en que Colombia honre la memoria de tan glorioso varón? Antes que la espada está la idea; antes que la acción, el pensamiento genitor.

Entregado Céspedes a los estudios jurídicos no enfiló en esta pléyade inmortal por lo cual no pudo comunicarse con ellos directamente y por no haberse despertado en su alma el anhelo del estudio de las ciencias naturales, como también por sus frecuentes viajes a Popayán. Era que nuestro hombre no había exclamado aún el *anch'io* del artista italiano, misteriosa revelación que señala a cada cual el rumbo que la Providencia le ha destinado.

Una casualidad llevó a Céspedes a los estudios en que tanto lució. Siendo cura de Caloto en 1806, halló en una posada un tomo del *Systema plantarum* de Linneo, lo leyó con ansia y resolvió darse a estas bellas disciplinas. El explorador de los campos de Tuluá vibró ya con más intensidad y tornó a recorrerlos no para jugar, sino para descifrar los arcanos de la natu-

(*) Los biógrafos de Céspedes dan este dato que no aceptamos plenamente, pues siguiendo la relación de los hechos, se ve que él no volvió a Caloto después de la época del *terror*, luego no pudo haber permanecido, como cura, en dicha población el tiempo que se dice.

raleza. Véase prácticamente cuál es la conveniencia de una buena educación física; hacer que el niño se desarrolle y vigorice para que éntre luégo en la lucha de la vida, sano y robusto. Esa vida libre de la montaña, que llevó Céspedes en su infancia, lo preparó tanto para la observación científica como para soportar fatigas y dolores en el fondo de las selvas huyendo de Morillo y sus secuaces.

Es principio aceptado por los tratadistas de Psicología que los primeros años del niño son casi siempre la revelación y anuncio de lo que ha de ser. Por esto todos los padres y maestros deberían tener muy desarrollada la visión psicológica para poder estudiar serenamente las manifestaciones infantiles, saberlas encauzar y corregir, no sea que se extirpe con castigos y reprensiones injustas el germen de una facultad que podría llegar a ser del educando un grande hombre. La historia no es avara en comprobar con hechos lo que se ha llamado "infancia profética".

Cierta aya en alguna ocasión dió a un niño que lloraba una flor; cesó el llanto del pequeñuelo y la observadora mujer continuó en la tarea de proporcionarle al niño una flor cada vez que éste la importunaba con sus gemidos. Ese chico llegó a ser el sabio Linneo.

Un estudiante pasaba los ratos de recreación leyendo en Plutarco o fabricando como ingeniero murallas de nieve para después tomárselas como militar; éste fué Napoleón. Ovidio era reprendido por su padre porque hacía versos y él, para excusarse, le contestaba involuntariamente en verso: "quidquid tentabat dicere versus erat".

En la parroquia de Caloto vivió Céspedes atendiendo a su labores evangélicas, y el tiempo que le quedaba lo empleaba en sus herborizaciones lejanas, hasta el punto de llegar a conocer con mucha perfección la vegetación de esa fértil zona.

Faltaba en las sienes de sacerdote botánico, ceñidas ya por los laureles de la dignidad sacerdotal y de la ciencia, el gajo de roble del patriota guerrero. En efecto. El grito de la Independencia lo arrancó de su plácida quietud y puso en sus manos, unidas por la hostia y olorosas a flor, la bandera de la revolución. No es posible que un sabio no ame la libertad y que un ministro de Jesús no padezca por su Patria, y olvide las palabras que, camino del Gólgota, dijo el divino

Maestro a las santas mujeres de Jerusalem: "No lloréis por mí, llorad por vosótras y por vuestros hijos".

D. José Joaquín Ortiz dice:

"Céspedes no podía guerrear, que su estado se lo impedía; pero podía predicar amor a la libertad y justa defensa de los derechos del ciudadano; pero podía acompañar al ejército para prestar los auxilios de la Religión al soldado herido en el campo de batalla. Y esto hizo. Dos veces fué comisionado en 1812 por el Gobernador de Popayán para inflamar el patriotismo de los pueblos del Valle del Cauca, y ambas veces cumplió su comisión con suceso.

Marchó después en la expedición contra Pasto a órdenes del General José María Cabal, en calidad de capellán del ejército, sin cobrar pre, y antes sí prestándole auxilios de su pequeño caudal.

Luégo que Sámano se apoderó de aquel país, emigró con todos los patriotas a la provincia de Antioquia, obteniendo allí el honor de ser diputado por Medellín a la representación nacional de aquel estado, y comisionado por ella para arreglar intereses recíprocos con el que se formó en el Citará".

Ya en Antioquia, el Dr. Céspedes desempeñó el curato de Belén de 1814 a 1815.

En esta época se conocieron y trataron Caldas y Céspedes. Este manifestó a aquél el deseo que tenía de que le enseñase la vegetación de estas regiones, a lo que respondió Caldas que le era imposible por estar ya de regreso para Bogotá. Entonces el entusiasta levita, en pocas horas coleccionó multitud de plantas, las trajo a Caldas y éste, en altas horas de la noche, la víspera de su partida, las clasificó en presencia del distinguido e improvisado discípulo.

Al día siguiente salió de Medellín el sabio payanés para no volverse a ver en la tierra con el hijo de Tuluá. Poco después, murió el excelso dictador Corral y sojuzgada Antioquia por Warleta, emigró Céspedes a Popayán. La época del terror se iniciaba ya amenazadora y terrible. Se vió entonces obligado a refugiarse en los montes de los Andes orientales, por los lados de Suaza.

Así cuenta el historiador Groot los padecimientos de Céspedes y sus compañeros Martín, Vicente, Gonzalo e Isidoro Carrizosa, que también huían de la persecución española:

“El presbítero doctor Céspedes, profesor de botánica, que también había sido muy patriota, huyó a los montes por el lado de Neiva, donde otro buen hombre lo condujo a un sitio recóndito en el cual hizo un rancho de palma para habitar, y a donde aquel hombre le llevaba el alimento que podía.

“Algún tiempo hacía que estaba en aquel escondrijo entretenido en herborizar. Su traje era el de un rústico para que, si llegaba a ser visto, no hiciesen alto en él. Al disfraz del vestido ayudaba el físico, que era sumamente vulgar. A poca distancia de la habitación del doctor Céspedes fijaron la suya el doctor Isidoro Carrizosa y otros patriotas compañeros que habían ido a refugiarse al monte, guiados por la misma persona que había ocultado al doctor Céspedes. Uno de estos fué atacado de un grave accidente y creyéndolo de riesgo, el hombre que los asistía dijo a Carrizosa que si quería le traería un sacerdote para que confesara al enfermo. Extraño pareció que por allí hubiera sacerdote, pero habiéndole dicho que lo trajese, a poco vino el hombre con el doctor Céspedes.

“Al verlo creyeron que fuera una chanza porque no era de mejor catadura el conductor; pero al hablarse conocieron quién era. Instado para que se quedase con ellos no quiso, porque decía que allí no estaban muy seguros. Sin embargo, venía algunos días a visitarlos y aun se detenía a comer. Allí habían armado un toldo bajo del cual estaban en uno de esos días comiendo con el doctor Céspedes, cuando de repente oyeron un ruido de armas y caballos; miran y se encuentran rodeados de soldados. Ya se puede considerar cómo quedarían todos ellos. En el acto la orden fué de seguir todos presos. El doctor Céspedes pidió por favor al oficial que le permitiera ir con un soldado a su rancho a traer su ropa y el breviario. El oficial lo mandó con dos soldados; pero el doctor Céspedes era ya práctico de la montaña, y como los soldados no lo eran, no sabían a donde se dirigía, hasta que llegados al borde de una peña tajada, el doctor Céspedes se descolgó por el precipicio sin que ninguno de los dos se atreviera a seguirlo, contentándose con hacerle dos tiros en balde.

“Cayó el doctor Céspedes sobre la copa de unos árboles, hiriéndose una pierna con un garrancho. Los soldados volvieron a dar parte al oficial de que el hombre se había botado por una peña, y que no pudiendo se-

guirle, lo habían matado de un balazo, lo que consternó en extremo a los otros presos.

“Hallóse el doctor Céspedes en lugares desconocidos, donde no había pisado planta humana; los tigres y otros animales eran los habitantes de esos desiertos. El clérigo por fortuna era hombre de fuerte constitución, acostumbrado en sus excursiones botánicas a los soles, a los aguaceros y a trepar riscos. Anduvo más de cuatro meses perdido, manteniéndose con frutas silvestres y raíces, valiéndole mucho en esta ocasión los conocimientos botánicos para saber de cuáles podría alimentarse o nó. Varias veces tuvo que pasar las noches sobre los árboles temiendo los tigres, y para poder dormir sin riesgo de caer, tenía que amarrarse con bejucos. Pero no estaba exento de las avispas, hormigas y otros bichos, ni de que las culebras le pasaban algunas veces por encima, aunque sin hacerle daño, por estar curado con *guaco*. Así anduvo por mucho tiempo y con su pierna herida, hasta que fué a salir a los Llanos de San Juan y San Martín, por donde anduvo sin darse a conocer, trabajando de jornalero en las estancias, hasta que se publicó el indulto al cual se acogió.

“Haciéndonos relación de estos trabajos el mismo doctor Céspedes, decía que cuando más en peligro se veía en la soledad de las montañas oyendo bramar los tigres, se consolaba con pensar que había escapado de manos de los soldados de Morillo; que fuera de este riesgo, los demás le parecían nada”.

Después de esto Céspedes sirvió los curatos de Sátiva, Itoco, Charalá y Guaduas, y al mismo tiempo desempeñó varias comisiones patrióticas de mucha importancia.

De 1820 a 1823 estuvo en Bogotá dedicado al estudio de la medicina. En este último año fué nombrado profesor de botánica, destino que desempeñó por espacio de 18 años.

En 1825 fué Céspedes comisionado por el Gobierno para hacer un estudio, en asocio de Francisco Javier Matís, de los monumentos del antiguo pueblo de San Agustín, como también para estudiar la flora de aquellas regiones.

Dice un biógrafo de Céspedes que se verificó la exploración “lográndose copiar y medir los diversos monumentos de piedra de alturas colosales y representando ídolos, mesas de sacrificios, y varios animales, co-

mo tigres, micos, etc., que "existen diseminados en la espesura de los bosques que circuyen a San Agustín; y exploración que aumentó considerablemente el número de especies de plantas conocidas del doctor Céspedes. El Gobierno remitió a Francia los dibujos hechos por el señor Matís, sin reservar copias, según entiendo".

El Día, periódico de Bogotá, se queja amargamente del poco aprecio en que se tuvo al Dr. Céspedes en Colombia. No nos parece muy fundada la queja, pues se sabe que a él le fueron confiadas comisiones importantes, que fué miembro de la Academia Nacional y de varias sociedades científicas, que fué muy estimado por las más altas personalidades, que el Libertador lo trató con singular deferencia y lo designó en 1827 para que fuera al Istmo de Panamá a estudiar la flora, pero la agitación política de aquellos tiempos no permitió que se verificara la exploración.

El nombre del ilustre caucano rebasó bien pronto los límites de su país; las Sociedades Linneana de París y Horticultura de los Estados Unidos lo hicieron su miembro. Además a él están dedicados un género y una especie de plantas, según lo cuentan Triana y Planchón en la obra *PRODROMUS FLORE NOVO GRANATENSIS*. Son éstas:

Una planta de la familia Ocnáceas, llamada en Mariquita y otros lugares del Magdalena *Lengua de vaca*, es la llamada por los botánicos *Cespedesia Bonplandi*. Es muy parienta del caunce. El género *Cespedesia* fué establecido por Goudot, botánico francés.

El Dr. Céspedes publicó, próximamente en 1840, en hoja volante la descripción de una planta de Muzo y La Palma llamada Cape-grande, a la cual le dió el nombre de Santandera. Hoy se le llama *Talauma Cespedesii* y pertenece a la familia de las Magnoliáceas.

Poseía el Dr. Céspedes un pequeño terreno en la jurisdicción de San Antonio de Tena, llamado *Arracachal* y que fué bautizado por él con el nombre del *Imperio de Flora*. Allá iba el maestro con mucha frecuencia en asocio de sus alumnos a estudiar objetivamente la naturaleza; él hacía los gastos de la excursión y obsequiaba a sus discípulos con una mesa frugal, al tiempo en que su elocuente palabra les descubría las bellezas del mundo y la sabiduría del Creador.

En 1837 se pensó en abrir un camino que uniera la Provincia del Socorro con el Magdalena por el río Opón. Se adelantaron los trabajos bajo la protección

de una compañía que se llamó de *Agricultura y Comercio*. Para obtener éxito completo era preciso reducir a los indígenas que habitaban a ambas orillas del Opón.

El Ejecutivo, excitado por el Gobernador del Socorro, ordenó una expedición con tal fin y nombró jefe de ella al Dr. Céspedes, quien con grande abnegación aceptó sin vacilar el penoso encargo.

Hechos los preparativos y con fondos y provisiones suficientes, salió de Bogotá el noble misionero y llegó al Socorro el 21 de Agosto de 1837. Llevaba consigo 24 hombres armados, 2 canoas con sus bogas respectivos y 10 arrieros para la conducción de las provisiones y las acémilas.

Después de cortas y fatigosas jornadas llegaron al puerto de Opón, donde se reunieron con otra expedición que, a órdenes de D. José María Ortiz, había subido por el Magdalena. Céspedes dividió la gente en dos piquetes, los que comenzaron la exploración. A poco encontraron unas seis casas y cogieron un indio, que parecía ser de los principales, el cual se encariñó intensamente del Dr. Céspedes.

A fines de Septiembre resolvió éste que, a causa del invierno, de la escasez de víveres y de la fiebre que ya comenzaba a atacar la expedición, regresaran todos al Socorro, quedándose él con cuatro hombres, pues se había convencido que los indios eran mansos y que la empresa requería tiempo y paciencia.

Allí vivió el Dr. Céspedes con una familia de indígenas que se prendaron de la bondad del valeroso explorador. El 1º de Octubre bautizó a una niña y le puso el nombre de María del Rosario. Habiendo enfermado tres de los compañeros, hubo el misionero de quedarse solo en aquellas soledades. Decía Céspedes a este respecto al Gobernador del Socorro:

“Al leer estas líneas sin duda me compadece V. S. creyéndome loco, pues parece hago la extraña resolución de ser devorado por las fieras en medio de estos silenciosos desiertos, de ser víctima de las flechas de los salvajes, o tal vez de exponerme a los rigores del hambre. Nada de esto me sucede, señor Gobernador; hay aquí tigres y leones, es verdad; pero ellos huyen de los hombres; los indios tienen millares de flechas, pero sólo para la caza y la pesca, y apenas habrá en la especie humana porción tan pacífica como ésta”.

La salud del abnegado misionero se alteró muy pronto; una fiebre horrible lo puso a las puertas de la muerte. Cuando estuvo un poco restablecido, viendo que la tarea era por el momento ardua e imposible, resolvió salirse de aquellos montes en compañía de la noble familia que lo acompañaba, con el ánimo de tornar en mejores condiciones a la cristiana labor de catequizar aquellas tribus que permanecían aisladas en absoluto y como desligadas de la Nueva Granada.

Al pensar cuáles serían los sufrimientos y privaciones a que, por amor a la humanidad y a la ciencia, se sujetó el Dr. Céspedes, no se puede menos de recordar el heroísmo de los misioneros que, con los conquistadores, vinieron a plantar en las selvas de América la cruz del Salvador, heroísmo que sólo lo dan la virtud y la esperanza de recompensa ultraterrena.

Fué Secretario del muy ilustre y santo arzobispo Mosquera y, en 1842, obtuvo por oposición el honroso empleo de canónigo penitenciario de la metropolitana de Bogotá.

De la pasión de Céspedes por los estudios botánicos da idea la siguiente anécdota:

Iban de paseo en cierta ocasión por un barrio de Bogotá el Ilmo. Sr. Mosquera y su Secretario el Dr. Céspedes. Paróse éste de repente, puso sobre los hombros el manteo, se entró en un solar, y dejó al Sr. Mosquera solo y pasmado ante tan extraño suceso. Ya en el predio, Céspedes se dió a analizar una planta y le gritaba al Ilmo. Sr. Arzobispo que la viera cuán hermosa era y que pertenecía a la familia de tal etc.

El Dr. Céspedes no había publicado sus trabajos científicos y no tenía fondos para hacerlo. No sabemos si espontáneamente o a insinuación de quién el Congreso dictó el noble decreto siguiente:

“El Senado y Cámara de Representantes de la Nueva Granada, reunidos en Congreso,

DECRETAN:

Art. único. Se autoriza al Poder Ejecutivo para que pueda conceder al Dr. Juan María Céspedes un empréstito hasta de dos mil pesos para la publicación de sus trabajos botánicos.

Dado en Bogotá, a 23 de Mayo de 1844.

El Presidente del Senado, JUAN DE LA CRUZ, Obispo

de Antioquia.—El Presidente de la Cámara de Representantes, MANUEL S. URIBE.—El Senador Secretario, *José María Saiz*.—El Representante Secretario, *Juan Antonio Calvo*.

Bogotá, a 21 de Junio de 1844.

Ejecútese.

P. A. HERRÁN, L. S.—El Secretario de lo Interior, *Mariano Ospina*".

En 1845 la salud del Dr. Céspedes estaba ya muy minada y en este año se le declaró la enfermedad que lo llevó al sepulcro. Oigamos a su ilustre biógrafo D. José Joaquín Ortiz quien relata los hechos de esta manera:

“La cruel enfermedad que terminó sus días tuvo principio en un viaje hecho en 1845 en compañía de varios sujetos a la dicha quebrada de la Corcobada en la provincia de Vélez; con el objeto aquéllos de averiguar por una mina de oro, y Céspedes con el de ensanchar el campo de sus investigaciones botánicas. De regreso a esta ciudad, debían pasar los viajeros por debajo de un árbol caído en el camino; Céspedes tuvo la inadvertencia de no apearse del caballo y fué *tallado*, digámoslo así, entre el árbol y la silla. Tan fuerte fué la compresión que salió al otro lado sin sentido. Sin embargo, merced a las aplicaciones médicas, logró restablecerse por entonces para continuar sus acostumbrados ejercicios”.

En el año de 1847 la enfermedad se fué recrudeciendo de una manera visible. Pero, a pesar de esto, el virtuoso anciano hacía sus excursiones ya a pie, ya a caballo, por la ciudad y pueblos circunvecinos.

El 18 de Enero de 1848 partió para Guasca donde a la sazón vivían D. Pastor Ospina y su esposa doña Carlota Chaparro, personas cultas y doctas en las ciencias naturales y a las cuales estimaba profundamente el Dr. Céspedes. El 21 del mismo mes y año a la madrugada le sobrevino al ilustre enfermo un vómito de sangre que en pocos momentos le quitó la vida. Su cadáver fué trasladado a Bogotá donde se le hicieron el 22 unas pomposas exequias.

El Dr. Céspedes descubrió varias familias de plantas, entre las cuales se cita la *Mosqueria Lacmellia*, con la cual quiso honrar al Ilmo. Sr. Manuel José Mosquera; descubrió además muchos géneros y especies y

formó una *Sinonimia* completa de las plantas de las provincias que recorrió, obra de gran valor en concepto de los que de ella tuvieron conocimiento.

El Dr. Céspedes, a pesar del decreto del Congreso que atrás dejamos transcrito, no llegó a publicar sus obras, las que puso a disposición del General Tomás Cipriano Mosquera, quien, no sabemos por qué motivos no las publicó.

En la Fracción de Belén, la calle principal lleva el nombre del sabio sacerdote que, en una época amarga para la Patria, sirvió allí el cargo de cura de almas.

Dícese que el Dr. Céspedes era de pequeña estatura, de complexión robusta, de mirada dulce e investigadora y de trato afable y atrayente. Como ciudadano fué irreprochable, como sacerdote, ejemplar de caridad y pureza, como patriota, un héroe y como amigo, inmejorable: si su vida fué la de un sabio, su muerte fué la de un santo, y su memoria debe ser acatada por cuantos rindan culto a la virtud y al saber.

Medellín, Octubre 17 de 1919.

TOMÁS CADAVID RESTREPO

BIBLIOGRAFIA

LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS

**Colombianos desde el tiempo de la Colonia hasta nuestros días
por Gonzalo Uribe V. (Presbítero).**

Este es el título de la importante obra histórica que ha publicado el distinguido sacerdote sonsonés Uribe Villegas, muy conocido ya como investigador docto y consciente.

Es el libro del padre Uribe Villegas un trabajo de alto mérito desde el punto de vista de la historia: ochenta y nueve biografías, casi todas muy completas, de los colombianos que, desde los tiempos coloniales hasta hoy, han llegado a ser obispos y arzobispos, hombres que se han distinguido por su virtud todos ellos, por su ilustración y espíritu público la mayor parte. Aquello es un cuadro primoroso donde lucen Arias de Ugarte, el apóstol de la caridad que recuerda al Serafín de Asís, y Antonio Herrán y Vicente Arbeláez los preladados de dulce pero inconstatable firmeza; Manuel José

Mosquera, varón patricio de profunda virtud y de elevada ciencia; Fray Mariano Garnica, Juan de la Cruz Gómez Plata y Fernando Caicedo y Flórez, prelados próceres; José María Estévez, ilustre legislador y diplomático que asistió cariñosamente los últimos instantes del héroe de la América; Rafael Celedón, egregio como santo, como poeta y como lingüista; Joaquín Pardo Vergara, el académico, compañero de Cuervo y Caro, el prosador de frase clásica y gallarda, que supo unir como San Francisco de Sales, la dulzura a la firmeza; Joaquín Guillermo González, campeón valeroso de la fe, vehemente y galano orador sagrado; José Ignacio Montoya, hombre de excepcionales dotes de gobierno, y muchos otros, honra de la Iglesia y de la Patria, cuyos méritos destaca con toda claridad el paciente historiador antioqueño.

El libro del padre Uribe Villegas está escrito en estilo sencillo, cristalino, y la narración es en general amena y variada. Asombra ante todo el acopio de datos precisos que trae y no se explica uno cómo un sacerdote encargado de los intereses morales de una parroquia extensa y de muchos millares de habitantes, haya podido rebujar tantos archivos, amontonar tal número de documentos y escribir cerca de cien biografías, y esto todo en una población retirada de los centros propios para una labor semejante. Esto es un prodigio de la energía, digno de encomio y de parabienes muy sinceros.

Entre los prelados cuya vida narra el padre Uribe Villegas, se cuentan 13 antioqueños, algunos de ellos poco conocidos. Creemos oportuno enumerarlos separadamente para destacarlos más.

Diego Alvarez y Osorio, probablemente oriundo del Darién, fué Obispo de Nicaragua; Vicente Arbeláez, hijo de San Vicente; Salvador Bermúdez y Becerra, José Joaquín de Isaza y Manuel Antonio López de Mesa, de Rio-negro; Luis de Betancur y Figueroa, de Cáceres; Joaquín Guillermo González y Valerio Antonio Jiménez, de Marinilla; G. Nacienceno Hoyos, de Granada; José Ignacio Montoya, del Aguacatal; Manuel Canuto Restrepo, de Abejorral; Jesús María Rodríguez y Francisco Cristóbal Toro, de la ciudad de Antioquia.

En todo tiempo el clero debe estar a la cabeza de la civilización, pero en estos momentos excepcionales, cuando el escepticismo ha invadido el mundo y cuando la ciencia en sus múltiples formas se alza para

combatir en vano la Iglesia de Cristo, es preciso que el sacerdote católico se arme de todas armas para contrarrestar la impiedad y oponer así la verdadera a la falsa ciencia, la idea benéfica a la idea demoleadora y errónea.

En la época de la Independencia los sacerdotes estuvieron dignamente a la vanguardia en todo; ellos fueron: heroísmo en la batalla, abnegación en el destierro, elocuencia en la tribuna, ciencia en la cátedra y virtud ejemplar en la vida pública y privada. Céspedes, Padilla, Valenzuela, Posada, Vélez y de la Calle son prueba brillante de lo que afirmamos. Ningún caudillo tendrá jamás tanto ascendiente en las multitudes como el sacerdote que se coloca por sus virtudes e ilustración a la altura de su sagrada misión. Con mucha razón el sabio Caldas, al hablar del Canónigo Dr. D. Pedro Fernández de Córdoba, quien fué para el ilustre naturalista poderoso auxiliar en la expedición científica de 1804 por la región de Paute y Cuenca, dice como supremo elogio de tan esclarecido eclesiástico: ¡Dichoso el pueblo a quien el cielo hace un presente semejante!

Es muy grato anotar que en Colombia, en todas las épocas, entre los más preclaros personajes han figurado sacerdotes. El Ilmo. Sr. Paúl fué reputado como uno de los más notables del país en aquella memorable ocasión en que, por concurso, se decidió cuáles eran los más conspicuos hombres colombianos. Con Miguel A. Caro, Mariano Ospina Rodríguez y otros, figuraba el santo prelado. Hoy el Dr. Rafael M^a Carrasquilla es colocado por la opinión pública y docta al lado de Marco Fidel Suárez y Antonio Gómez Restrepo, príncipes de nuestras letras, y el Dr. Carlos Cortés, profundo helenista, se lleva la palma en la oratoria sagrada nacional.

Actualmente la Historia Patria cuenta entre sus cultivadores, muy doctos sacerdotes como el Dr. Cayo Leonidas Peñuela, Canónigo muy honorable de la Catedral de Tunja, erudito historiador conocido ya en la República, y los presbíteros Ramírez Urrea y Uribe Villegas, autor el último de la obra que es objeto de este modesto artículo.

En la noble y simpática ciudad de Sonsón nació el Pbro. Gonzalo Uribe V. el 10 de Enero de 1868. Fueron sus padres D. Lorenzo Uribe Botero y D^a Ana Joaquina Villegas Uribe, ambos de limpia vida y esclarecida prosapia.

Los primeros estudios los hizo en su ciudad natal, en parte bajo la dirección del notable institutor, profundo naturalista y gallardo literato D. Joaquín Antonio Uribe, su hermano. Ejerció el magisterio con loable competencia en Envigado, Titiribí, Valparaíso, Medellín, Sonsón y Rionegro.

Ya hombre, oyó Uribe Villegas la voz de Dios que le llamaba al sacerdocio, y entonces se preparó para tan elevada misión haciendo serios estudios en los seminarios de Antioquia, Medellín y Manizales.

En la almenada ciudad del Ruiz recibió la unción sacerdotal de manos del Ilmo. Sr. G. Nacianceno Hoyos el 23 de Diciembre de 1905.

Como pastor de almas el padre Uribe V. ha cumplido las funciones de su ministerio con inteligencia y celo de apóstol. Aguadas, Anserma y Riosucio, donde es actualmente cura y vicario, han sido testigos de la evangélica labor del levita historiador que pasa por doquiera "haciendo el bien".

Quiera el Cielo prolongar la vida del Pbro. Uribe V. para que de su docta y fecunda pluma de historiador salgan nuevas obras que serán para él y para la Patria prez y gloria.

Octubre 25 de 1919.

TOMÁS CADAVID RESTREPO

UN GRAN SACERDOTE

Al Excelentísimo Sr. Ministro Plenipotenciario del Ecuador, Dr. Alberto Muñoz Verna-za, su afectísimo amigo,

RAMÓN CORREA

La guerra santa tuvo un apoyo eficacísimo en el clero. No sólo en Bogotá sino en toda la República hubo sacerdotes que supieron poner muy alto su patriotismo y cuyos servicios a la Independencia fueron de valor incalculable.

Pero hoy no nos ocuparemos de esos insignes levitas que en esta ciudad, en Antioquia, en el Cauca, en Santander, en dondequiera que fué la antigua Nueva Grana-

da, enaltecieron su misión sacrificando su tranquilidad, sus bienes, su vida misma en veces, para poner su poderoso influjo del lado de la emancipación.

Esos varones, llenos de virtudes, de ciencias, de prestigio, fueron brazo fuerte en la hora suprema del rompimiento con la madre patria. Ellos fueron un auxiliar poderosísimo en la obra milagrosa de la libertad, y no vacilamos en creer y en decir que si tan valioso contingente no hiciese parte de los factores de la Independencia, acaso no hubieran los próceres logrado su objeto. Es que se concibe la fuerza de inercia con que unos cuantos centenares de sacerdotes enemigos de la causa santa hubieran retardado el éxito final de la contienda.

De ahí que nosotros hayamos pretendido—como un acto de reivindicación y de justicia—que al Clero nacional del tiempo del patriotismo verdadero y eficiente, al Clero que fué honra de la Patria por su labor generosa y noble en la época transcurrida de 1809 a 1825, a ese Clero, decimos, se levante un monumento digno de eterna memoria para perpetuar sus nombres y sus hazañas y sus glorias.

Es preciso hacer justicia a todos los libertadores, y nosotros, fervientes y entusiastas amigos de impartirla como magistrados y como historiadores, iniciamos esa obra reparadora que encarna la gratitud de los colombianos a esos altos representantes del sacerdocio, que—hechos a un lado sus tradiciones, sus intereses, su porvenir y su vida—olvidaron su propia personalidad para pensar tan sólo en la Patria. En la Patria que, moribunda y exánime, volteaba sus ojos como amortiguados a las sofanas que envolvían por entonces los anhelos de la libertad y del reconocimiento del derecho.

Es tan larga la lista de los sacerdotes que unieron sus esfuerzos a los de los próceres y los libertadores, que ello sería exótico en este jirón de la historia Patria. Nó. Nosotros no hacemos el agravio a nuestros lectores de creer y pensar que ignoren esos nombres. Otra idea y muy alta tenemos por los que con cariño inmerecido para nosotros leen estos trozos de las Crónicas nacionales con los que exhibimos nuestra gratitud a los que un día nos legaron Patria y autonomía.

El más caracterizado sacerdote que figura en el Ecuador, en la guerra emancipadora, fué el Dr. Miguel Antonio Rodríguez. El tomó parte en esta sangrienta lucha desde el principio, y a ella dió su fortuna, sus hermanos y, sobre todo y más que todo, su inmenso y merecido prestigio.

El Dr. Rodríguez redactó la Constitución que organizó el gobierno que sustituyó a Ruiz de Castilla, porque él era teólogo, estadista y gran político, así como médico de altísima nota científica.

Su papel al ayudar a Montúfar y a Morales para establecer un gobierno serio fué eficacísimo y su firma consta en el bando inmortal de 22 de Septiembre que fué el acto madre de la Independencia de la República hermana.

A tener tiempo y lugar, nosotros haríamos una completa biografía de aquel santo sacerdote, cuyos méritos quizás no han sido harto alabados, cuando aún no se ve en Quito el bronce imperecedero que enseñe la figura procera del más grande sacerdote de la guerra que culminó en Pichincha de modo esplendoroso y altísimo.

Cuando pasados los luctuosos sucesos del 2 de Agosto, el día de los asesinatos de los próceres ecuatorianos, entre los cuales se hallaba como uno de los principales el antioqueño, hijo de Rionegro, Dr. Juan de D. Morales, se celebró en la Catedral el oficio fúnebre por esas víctimas ilustres, el Dr. Rodríguez, en una oración que fué reputada entonces, y lo es hoy, como un modelo de elocuencia, el orador, lleno de unción, de dolorosa amargura y de odio santo, así habló delante de las autoridades españolas que se hallaban presentes:

“¿Pues qué? ¿Deberían morir así los que sólo han querido conservar la vida, la libertad y los bienes de sus conciudadanos? ¿Hay autoridad sobre la tierra para quitar la vida a los hombres cuando no hay ley que los condene? ¡Ay! El proceso de su juicio comenzó por la sentencia de muerte y era preciso que el éxito de la causa correspondiese a sus principios. Ellos han sido publicados a voz de pregón *como reos de Estado*, y vosotros mártires de la Patria, descansad ya en el lugar tranquilo del reposo que piadosamente pensamos os ha tocado en suerte, superiores a las injurias del tiempo, a los arbitrios del

odio y a los tiros de la maledicencia. Nosotros no olvidaremos jamás vuestros servicios, y vuestros nombres serán siempre respetables para las generaciones futuras. La posteridad más justificada tal vez y mejor instruída que la edad presente, recomendará vuestro mérito a los que nacieren, y vuestra muerte será el objeto de la emulación de todas las almas nobles que aspiren a cubrirse de gloria. Descansad en el oscuro antro de vuestra fosa común y esperad que los que habrán de aprovechar vuestro heroico sacrificio sabrán guardarlo como un talismán de oro que llevará por lema: ¡Libertad y Patria!”

Aquellas frases fueron el decreto de prisión del gran patricio. ¡Gloria a su sagrada memoria!

RAMÓN CORREA

D. FRANCISCO A. CAMPUZANO

Cuando el Dictador Corral confiscó los bienes de los españoles en Rionegro y Medellín en el año de 1813, le confiscaron a D. Francisco A. Campuzano todos sus bienes por valor de \$ 60,000, y la confiscación, sólo a la familia de Campuzano, alcanzó a más del doble de esa suma.

D. Francisco Antonio había venido de España a Antioquia a mediados del siglo XVIII y habíase establecido en Rionegro en donde se casó con la Sra. Josefa González. En empresas mineras y en negocios comerciales llegó a adquirir un gran capital. Tenía negocios en Honda, Bogotá, Socorro, Bucaramanga, Cúcuta, Popayán, Cartagena, Quito y en Jamaica. De sus hermanos, D. José y D. Juan Antonio que trabajaron en compañía con él, el último regresó a España con ochenta mil pesos que le tocaron en la liquidación de la Compañía.

Una de sus hijas, D^a María Dionisia, casó con D. Diego Sánchez Rendón, padre de D^a Juliana, esposa de D. Carlos Tolrá, Jefe Civil y Militar de Antioquia. En Medellín nació de ese matrimonio D^a Ramona el 31 de Agosto de 1819.

D. Juan Crisóstomo Campuzano, hijo de D. Francisco Antonio, fué quien dió personalmente a Tolrá la noticia de la batalla de Boyacá, quien la supo en Rione-

gro. La versión más verídica del modo como supo el Sr. Campuzano la noticia de la batalla de Boyacá es ésta: D. Antonio Santamaría, yerno de D. Francisco Campuzano y como éste, realista, al saber en Bogotá la derrota del ejército de Barreiro, partió de la capital, en donde vivía, para Honda, e hizo este viaje en un día. De ahí la comunicó a D. Pedro Sáenz, a Nare, y éste, a Rionegro, a D. Juan Crisóstomo. D. Antonio Santamaría tuvo parte en la conspiración de Septiembre. Sobre este punto dice D. José Manuel Restrepo en carta a D. Francisco Montoya:

“Bogotá, Octubre 21 de 1828.

.....

Aquí se ha aumentado la preocupación contra los antioqueños por la parte que tuvo Zuláibar en la conspiración, por la que se supone a Antonio Santamaría y por la de Alejo Pérez que anda fugitivo. También cree el Libertador que en Medellín hay algún partido contra él, por cartas que se cogieron a Benito Santamaría que también fue desterrado. Estos rumores propagados por Mariano París y por otros no dejan de incomodarnos bastante. Ha habido hombres que la noche del 25 aseguraron que la conspiración había sido de antioqueños.”

Parece indudable lo que dice D. José Manuel, pues algunos años después del 25 de Septiembre se supo que D. Antonio Santamaría tenía listos cuatro caballos ensillados en su hacienda de Capellanía para algunos amigos de la conspiración para que huyeran, si ésta fracasaba—y agregan que de los que hicieron uso de dichos caballos todos fueron apresados y fusilados: Horment, Zuláibar, Azuero—Uno de los conjurados, por galantería para con sus amigos, no quiso montar a caballo y prefirió huír a pie y se escapó. D. Juan Crisóstomo acompañó a Tolrá hasta Jamaica. En 1841, habiendo sido nombrado Tolrá Capitán General de la Isla de Cuba, envió por su mujer y por su hija. Años después se casó la hija de D. Carlos en España con D. Jorge Wallis y allí ha seguido su descendencia. La nieta de D. Francisco, que había heredado de su abuelo y de su madre, grandes dotes de cultura y de suavidad de carácter, calmaba a D. Carlos Tolrá en sus arrebatos e impidió así el que su marido cometiera aquí atropellos contra los patriotas.

D. Francisco A. se fué para Bogotá en 1814; regresó a Antioquia en 1815 cuando la reconquista. Volvió a Bogotá y en el año de 1819, después de la acción de Boyacá, fué incluido en la lista de varios españoles que estaban condenados a muerte, pero su hijo Francisco Luis, por su prestigio social en Bogotá, pudo conseguir que lo borrarán de la lista y le consiguió un pasaporte para Jamaica. Regresó a Bogotá en 1823 y murió en Tena en 1828.

D. Francisco Antonio fué un cumplido caballero. Hay tradición en la familia de su cultura y de su generosidad. Hemos querido apuntar estos datos biográficos sobre D. Francisco, porque hemos encontrado en la vida de este señor un hecho, que da un alta idea de su carácter y que bien merece que conste en la historia.

Después que el Sr. Campuzano enumeró bajo juramento todos sus bienes en Rionegro en 1813 ante la autoridad militar de los patriotas, se presentó al día siguiente ante la misma autoridad y manifestó que se le había olvidado declarar que tenía nueve mil pesos en poder de su hijo Francisco Luis, en Bogotá. Este señor que acababa de llegar de Jamaica a esa ciudad entregó los nueve mil pesos a las autoridades.

EDUARDO ZULETA

Octubre, 1919.

BIBLIOGRAFIA

Campaña de invasión del Teniente General D. Pablo Morillo—1815—1816.—Contribución del Estado Mayor General a la celebración del Centenario de la Batalla de Boyacá, por el Mayor Jorge Mercado.

Con el mayor interés hemos leído este libro, el que no solamente es un estudio muy atento de la historia de lo que se ha llamado la reconquista, sino también de las causas que a juicio del autor motivaron las derrotas de las fuerzas patriotas de la "Nueva Granada". El libro está muy bien documentado y las notas críticas en lo que se refieren a la explicación del desastre, están al alcance de todo el mundo. Lo que pasó en Venezuela entonces pasó también aquí: falta de unidad de acción, falta de un espíritu militar que comprendiera

las ventajas que la topografía del terreno presentaba para una campaña de guerrillas; la impetuosidad, además, de algunos Jefes que confiaban todo en su valor heroico; las disensiones entre los que dirigían los asuntos públicos, la diversidad de conceptos, el regionalismo, que impedía la unidad nacional de la defensa, y la falta de un hombre de acción en el Gobierno. Esto más que todo. Nunca hemos podido leer la salida del Sr. Fernández Madrid de Bogotá para el Cauca, sin experimentar una impresión muy dolorosa. ¡Qué peregrinación más triste la de este letrado a quien tantos abandonaron y a quien nadie obedecía! El denuedo de los defensores de Cartagena, Cachirí, Chire, La Cuchilla del Tambo, hicieron ver a Morillo que no se trataba de cobardía de los nuestros, sino de las causas que tan acertadamente señala el Mayor Mercado en su libro. La conducta de Arismendi en Margarita para con Morillo, después de haberle perdonado la vida, y a lo que se oponía Morales con vehemencia, pronosticando el desastre de la reconquista si se iniciaba con el perdón, no fué, sin duda, la causa de la época del terror, en Nueva Granada, aunque el mismo Morillo la explicara de ese modo. Por los encuentros con los patriotas, Morillo comprendió que se entendía con los descendientes de los conquistadores, por una parte y por otra, que en la Nueva Granada encontraba a los que habían comprendido a Bolívar. Creyó que cortando la cabeza de los intelectuales acababa con la idea de la libertad. El no podía comprender que las ideas no mueren, porque él no era sino un soldado, un gran soldado, es cierto, pero por lo mismo un espíritu unilateral, como lo fué el mismo Duque de Alba en Flandes. Verdad fué que nos hizo un gran daño con la siega inmisericorde de cabezas ilustres, pues la reconstrucción de la República y su pronta solidez habrían venido sin mayores esfuerzos, si los grandes hombres de la primera República no hubieran caído bajo el hacha del verdugo.

De la invasión de la Provincia de Antioquia trae el Mayor Mercado datos muy interesantes; pero sin duda por un error de imprenta o por error en el parte de Warleta a Morillo sobre la campaña, se dice que el ejército republicano fué desalojado de la posesión fortificada de "*Rompebotija*". Antes y después de la reconquista, este lugar ha llevado el nombre de *Sangrabortija*. El Jefe republicano en esa acción fué D. Ambrosio Pé-

rez Colmero, español, que murió en el combate y que había abrazado la causa de la independencia.

Vamos a dar algunos datos sobre este Jefe republicano que aún se ignoran. El vivía en Remedios en donde tenía sus negocios y al aproximarse el ejército invasor púsose al frente de las fuerzas patriotas y salió al encuentro del enemigo al que esperó en "Sangrabortija". Antes de salir, enterró sus caudales en los llanos de "Córdoba", cerca a Remedios. Pérez Colmero era un joven de figura gallarda y muy rico. Su mujer había quedado en Cancán y cuando supo la muerte de su marido no volvió a tomar alimentos hasta que murió de inanición. D. Bernabé y D. Antonio José Pérez Colmero, hermanos de D. Ambrosio, fueron hechos prisioneros y enviados a las Bóvedas de Cartagena. Son éstos los ascendientes de la familia Pérez Colmero de Remedios. D. Bernabé fué el padre de D. Zoilo Pérez, hombre distinguido por su cultura, por su laboriosidad y por su corazón generoso. En Remedios hay una calle denominada "Pérez Colmero".

Bien merece el Mayor Mercado una sincera felicitación por su importantísimo libro. Es muy grato el notar cómo los oficiales de nuestro Ejército estudian la historia militar de nuestra patria y cómo se disciplinan en la crítica histórica.

EDUARDO ZULETA

Medellín, Octubre de 1919.

PEDRO MARIA IBAÑEZ

En la noche del 21 al 22 de los corrientes murió en Bogotá el Dr. Ibañez, uno de los historiógrafos colombianos más notables, más imparciales, serenos y fervorosos que hasta hoy han ornado nuestra tierra.

La índole exigente del diarismo demanda—aun sin tener todavía los datos precisos—una noticia sobre la vida y las obras del más fecundo, si exceptuamos al Dr. Eduardo Posada, de los discípulos de Clio.

Ibañez nació en la hacienda de Tunjuelo, perteneciente al Distrito de Usme, a algo como quince kilómetros de la capital, el 20 de Noviembre de 1854. Sus pa-

dres respondían a los nombres de Silvestre Ibáñez Caicedo y Clara Tobar Gutiérrez.

Empezó los cursos de literatura en los Colegios privados de los Sres. Domingo Martínez, Wenceslao Montenegro y Alejo Posse Martínez, y a continuación prosiguió los de literatura e hizo los de medicina en la Universidad Nacional. Corría el mes de Septiembre del 76 cuando obtuvo el grado de Dr. en la ciencia que tiene por maestro a Esculapio.

Consignemos los modestos cargos que desempeñó, siquiera sea incompleta la enumeración: Celador *ad-honórem* del barrio de Santa Bárbara (1877); Vacunador Oficial (79); Médico y Cirujano de las fuerzas nacionales en campaña en el Tolima y Antioquia (79); Adjunto a la Legación colombiana en Francia (80); Presidente de la Junta General de las Sociedades de Bogotá, cuando se iniciaba la celebración del centenario de Bolívar; miembro de número y Secretario de la Sociedad de Medicina, hoy Academia Nacional; miembro de la Junta que celebró el centenario de Santander (90—92); Representante de Cundinamarca en el primer Congreso Médico reunido en Colombia (93); Jefe de la Comisión Ejecutora que organizó en Colombia la representación que debía tener nuestra República en el Congreso Médico Pan Americano; Vacunador Oficial, nuevamente.

Entre los periódicos para que escribió podemos citar los siguientes: *La Camarilla*, *Diario de Cundinamarca*, *La Nueva Colombia*, *El Movimiento*, *La Reforma*, *Anales de Instrucción Pública*, *Revista Médica*, *Papel Periódico Ilustrado*, *El Repórter Ilustrado*, *Revista Literaria*, *Colombia Ilustrada*, *El Telegrama*, *Los Hechos*, *El Correo Nacional*, *Revista Crítica* (de Barcelona, España) y otros más.

Redactó en distintas épocas *La Abeja* y *Las Noticias* (con D. Ignacio Borda éste), y dirigió desde 1902 el *Boletín de Historia y Antigüedades*, pues que fué Secretario perpetuo de la Academia Nacional de Historia, hasta su muerte.

Veamos ahora la nómina, deficiente también, seguramente, de sus obras. Fué la primera: *Memorias para la historia de la Medicina en Santa Fe de Bogotá*. En 1891 dió a luz la primera edición de sus deliciosas, insupera-

bles y leídas *Crónicas de Bogotá y sus inmediaciones*. En los últimos años venía haciendo la segunda y llevaba publicado ya el cuarto tomo. ¡Qué labor tan prolija, tan fehaciente, tan completa, tan amena y deleitosa al mismo tiempo!

Enumeremos ahora sus folletos, dejando en el tintero sus diferentes *Informes* científicos y sin señalar el año en que aparecieron aquellos: *Estudio Cronológico* (sobre un libro del Sr. Adolfo Flórez, en colaboración de D. Pedro A. Herrán); *El General Manuel A. López*; *La Actualidad: Crímenes y castigo de Ignacio Gutiérrez*; *Biografía de Jiménez de Quesada*; *Juicio y muerte del Oidor Cortés de Mesa*; *Causa y ejecución de Raimundo Russi*; *Las mujeres de la Revolución de Colombia*; *Causa y ejecución de Infante*.

Con el historiador Posada venía publicando la *Biblioteca de Historia Nacional*, unos de cuyos originales eran sacados de entre el polvo y el olvido, como los de *La Patria Boba*; otros originales, extraordinariamente documentados, como *Vida de Herrán*, *El Precursor*, etc.

En 1899, en un concurso nacional e histórico, abierto con motivo del Centenario de Córdoba, Ibáñez y el Dr. Posada obtuvieron los premios. Este trabajo de Ibáñez apareció en *Revista Ilustrada*.

El estilo del extinto era preciso, claro. Parece que lo preocupaba más el fondo histórico de su labor, la verdad desnuda no ocasionada a réplicas justas, que los adornos literarios y las tiradas fantásticas.

El Dr. Ibáñez había logrado formar una interesante colección bibliográfica, señaladamente histórica, donde se encuentran libros raros y documentos de gran valía.

Por lo que hace al color político de Ibáñez, aunque no era hombre de acción, ni tomaba con calor las cosas de la política, hace seis u ocho años dijo por la prensa que él era liberal doctrinario.

Difícilmente se halló y se hallará en Colombia un hombre más apasionado que nuestro historiador por todo lo que atañe a la Historia Nacional. Por ella se desvivía y a ella le consagraba todos sus momentos.

Sin par conocedor del solar santafereño ¡cuán amenas e intrigantes eran sus pláticas anecdóticas, al arrimo del corrillo cordial y regocijado! ¡Cuán suaves y caballerescas sus maneras!

Debemos cortar aquí.

La pérdida que con el fallecimiento del historiador Ibáñez han hecho la Nación, la literatura histórica y la intelectualidad colombiana, es inmensa, trascendente, deplorable y casi podemos agregar, inllenable. Y éstas no son frases convencionales, hiperbólicas. Las consideramos justicieras y exentas de la mínima lisonja.

El nombre del insigne autor de las *Crónicas de Bogotá*, no logrará deslustrarlo el transcurso injurioso del tiempo.

J. RESTREPO LAVERDE

HISTORIA

del Escudo de Armas, de la Bandera Colombiana y del Himno Nacional.

Al eminente médico, castizo escritor e historiógrafo profundo, Dr. Eduardo Zuleta: Respetuosamente.

Mientras mayores sean las desgracias que aflijan a la Patria; mientras con más rigor descargue sobre ella la mano implacable del Destino sus rudos e impiadosos golpes, y mientras más frecuentes sean las humillaciones a que sometan a los colombianos los poderosos de la tierra—atropellando el Derecho Internacional, y amparados por la bárbara Ley del más fuerte—mayores han de ser también los esfuerzos que todas las personas de buena voluntad hagan por despertar y desarrollar el patriotismo en las colectividades.

De ahí el que haya elegido por tema de esta conferencia la historia del Escudo de Armas, de la Bandera Colombiana y del Himno Nacional, que encarnan glorias de la tierra que nos vió nacer y que recibirá en su seno, benigna y cariñosa y en no lejano día, nuestros despojos mortales.

Escudo de Armas, como bien sabéis, es el campo donde se pintan los blasones de un país, de una ciudad o de una familia. Por él se transmiten, de generación

en generación, las tradiciones nobiliarias de las razas, el timbre de honor de los pueblos y las más legítimas glorias de las naciones. Merece, por tanto, conocerse la historia del Escudo de Armas colombiano, y mirarlo con el respeto y veneración que debemos a los símbolos sagrados del patriotismo.

En la Bandera se encarnan los más nobles y hermosos ideales de la humanidad. Ella entraña el amor a la Patria, el amor a Dios, el amor a la familia, el amor a nuestros semejantes, así poderosos como desvalidos. Su triunfo es nuestra victoria, y el ultraje que se infiera a la Bandera, es humillante bofetón que cae formidable sobre las mejillas de la Patria. Como símbolo de nuestra independencia deseamos ver victorioso e inmaculado, mecido suavemente por las brisas de Libertad que se respiran en nuestras montañas, "ese jirón multicolor, de carácter sacratísimo, que encierra recuerdos del pasado, cariños existentes y aspiraciones futuras", como lo dijo el castizo escritor contemporáneo Santiago Pérez Triana.

El ilustre medellinense Dr. Francisco Antonio Zea, explicaba de esta manera poética, y muy propia de la época guerrera de entonces, los colores de nuestro Pabellón: "El azul de nuestros mares separe el oro americano de las playas de la sangrienta España". Con menos galanura de dicción, os expondré que el amarillo significa las inmensas e inexploradas riquezas del suelo colombiano, que el azul simboliza la Justicia, y que es el rojo el emblema sacrosanto de la Libertad.

¿A qué deciros la obligación de saludar la Bandera siempre que cerca de ella pasemos?

Para levantar el patriotismo, cuando decaiga; y para despertarlo, cuando esté dormido, tiene todo país civilizado un Himno Nacional, que así se canta entre el fragor de las batallas, como en las grandes solemnidades cívicas; en los Colegios y en las Escuelas; en los campos y en las ciudades, y hasta en la dulce intimidad del hogar doméstico. Himno que, con el recuento de pasadas epopeyas, hace desbordar el entusiasmo en las multitudes. Por eso debemos oír siempre su música en pie y con la cabeza descubierta.

Y si de Colombia, la Patria grande, a la que quisiéramos contemplar poderosa y floreciente, descendemos a la patria chica, al amado terruño que más de cerca contemplamos, a Antioquia, la pródiga madre de tantos varones ilustres por su valor, por su ilustración,

por su patriotismo y por su virtud; a Antioquia, madre fecunda de una raza vigorosa y emprendedora, no extrañaréis que termine este trabajo con un resumen histórico de su Escudo de Armas, de su Himno y de la fecha gloriosa de su emancipación e independencia.

Y entro en materia.

ESCUDO DE ARMAS

El Rey de España—el sombrío personaje que en la Historia llevó el nombre de Felipe II—por real cédula expedida en Valladolid el 3 de Diciembre de 1584, concedió al NUEVO REINO DE GRANADA, nombre que se dió a nuestra Patria en la luctuosa época del Coloniaje, el primer Escudo de Armas:

Una águila negra, coronada, que sostiene en las garras sendas granadas rojas y abiertas.

Grabado en piedra se conserva este Escudo en el Museo Nacional.

No es pertinente a mi propósito tratar aquí de las tres centurias de crímenes y de sangre, de atropellos injustificables y de salvajes opresiones; de luto y de dolor que caracterizaron la dominación de España, período en que imperaron en ésta y en la América latina las dos formas más odiosas de la barbarie humana: la Inquisición y la Esclavitud. Paso, por consiguiente, a la gloriosa Era de nuestra emancipación política.

Aun cuando en la Ciudad Capital se dió el 20 de Julio de 1810 el grito de insurrección contra el gobierno despótico de la Península, se reconocía, sin embargo, a Fernando VII como monarca del Nuevo Reino de Granada, si bien con la expresa condición de fijar su residencia en Santa Fé de Bogotá.

Sólo en la época de la *Patria Boba*—tal nombre se da al tiempo comprendido entre 1810 y 1815—se proclamó la independencia absoluta.

En efecto: El 16 de Julio de 1813, los Diputados al Colegio Electoral escribieron en el Acta de la Independencia:

“Declaramos y publicamos solemnemente que Cundinamarca es un Estado libre e independiente, separado para siempre de la corona y gobierno de España.”

El 20 de los mismos mes y año juraron esta independencia las autoridades civiles y eclesiásticas, y los militares lo hicieron ante la Bandera, cuyos colores fue-

ron azul, amarillo y rojo. En el centro de ésta campeaba una águila con una espada en la garra derecha, en la izquierda una granada, y sobre la cabeza el gorro de la Libertad.

Tal fue el primer Pabellón que flotó libre al viento, bajo la Presidencia del General Antonio Nariño, el precursor de la independencia de Colombia, el traductor de los Derechos del Hombre, el que en hermosa y simbólica fiesta cívica, plantó el Arbol de la Libertad en la plaza de la Capital, el 29 de Abril de 1813.

De Mayo a Octubre de 1821 se reunió en la Villa del Rosario de Cúcuta el Congreso encargado de dar una Constitución a la Gran República de Colombia, compuesta de Nueva Granada, Ecuador y Venezuela.

Este Congreso decretó para Colombia el siguiente Escudo de Armas:

Dos cuernos de la abundancia llenos de frutos y flores, un hacesillo de lanzas con una hoz atravesada y unos arcos y flechas cruzados con cinta tricolor.

El Escudo que hoy existe, ordenado en 1834 por el Congreso de Nueva Granada, es como sigue:

“De las tres fajas horizontales en que está dividido, figuran pintados en la superior una granada con tallos y hojas, abierta y con granos; a cada lado de ella una cornucopia inclinada y vertiendo hacia el centro monedas la del lado derecho, y frutos de la zona tórrida la del izquierdo. En la faja del centro se ve el gorro de la Libertad enastado en una lanza. En la inferior el Istmo de Panamá, los dos océanos Atlántico y Pacífico y en éstos sendos navíos con las velas desplegadas. Encima de la faja superior del Escudo está una águila con las alas abiertas, y lleva en el pico una corona de laurel—y no una cadena como se ve en litografías extranjeras—y una cinta asida del escudo con este lema:

“Libertad y orden”.

A los lados del Escudo se ostentan cuatro banderas nacionales con sus extremos plegados debajo de éste.

Es de advertir aquí que el lema adoptado por los Patricios Diputados, reunidos en Bogotá en 1811, fue el muy expresivo de

“Ser libre o morir”.

Y como el Istmo de Panamá figura en nuestro Escudo, porque en él debe seguir figurando, bueno será re-

cordar que la que hoy se dice República Independiente, logró el 28 de Noviembre de 1821 conseguir su emancipación de España y su anexión a Colombia.

“El territorio de las Provincias del Istmo pertenece al Estado Republicano de Colombia”, se lee en el acta respectiva.

Durante la administración del Vicepresidente José Manuel Marroquín, debido a la mala fe y a la rapacidad de los yankees y a la miserable y cobarde traición de algunos de nuestros paisanos, le fué arrebatado el Istmo de Panamá a nuestra infortunada Patria, el 3 de Noviembre de 1903.

Nuestros derechos al Istmo son innegables mientras no sea aprobado por los Estados Unidos el tratado de 6 de Abril de 1914.

BANDERA COLOMBIANA

Durante la noche larga de la dominación ibérica, la bandera de esta Nación flameó en el Continente descubierto—por una dichosa casualidad—por Cristóbal Colón, el 12 de Octubre de 1492.

Una faja amarilla y ancha con las armas de España colocada horizontalmente entre dos rojas y angostas, es el actual pabellón de este Reino.

Como dije ya, al tratar del Escudo de Armas, el 20 de Julio de 1813 juró en Bogotá el Ejército Libertador la independencia absoluta de Cundinamarca ante la Bandera decretada por el Colegio Electoral:

Azul arriba, gualda en el centro y punzó abajo. En medio de ella se veía una águila con una espada en la garra derecha, en la izquierda una granada y en la cabeza el gorro de la Libertad.

En el mismo año de 1813 proclamó Antioquia su independencia absoluta, el 11 de Agosto, y se dictó el famoso decreto sobre la libertad de los esclavos. Memorables son las palabras del Dictador D. Juan del Corral a la Legislatura:

“Mientras no desaparezca hasta la sombra de la esclavitud, mientras no miremos a todas las clases interesadas en unos mismos principios, en perpetuar la estabilidad de la República, no creáis que la Libertad se ha consolidado para siempre.”

El Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada ordenó que los colores de la Bandera fueran puestos horizontalmente y así: primero encarnado, gualda en medio y verde abajo, con una estrella en el centro.

En 1815, según decreto sancionado por Torices, Pey y Villavicencio, los colores fueron oro, simple y gules.

El 17 de Diciembre de 1819, el Presidente del Congreso de Angostura (hoy ciudad Bolívar), Dr. Francisco Antonio Zea, puesto en pie exclamó en alta voz:

“Señores: La República de Colombia queda constituida. ¡ Viva la República de Colombia !”

En la Ley fundamental expedida en tal época se encuentra el siguiente aparte:

“Artículo 10. Las armas y el Pabellón de Colombia se decretarán por el Congreso general, sirviéndose entre tanto de las armas y el pabellón de Venezuela, por ser el más conocido.”

Por consiguiente los colores fueron oro, azul y rojo. Esta ley fue sancionada por el Libertador Simón Bolívar.

El Congreso reunido en el Rosario de Cúcuta decretó el 12 de Julio de 1821, lo siguiente:

“Artículo 11. Mientras el Congreso no decrete las armas y el pabellón de Colombia, se continuará usando las armas actuales de Nueva Granada y el pabellón de Venezuela.”

Y tal pabellón fue ideado por el precursor de la independencia de Venezuela, Gral. Francisco Miranda, quien lo enarboló por primera vez el 12 de Marzo de 1806 en el palo mayor del barco de su mando llamado *Leandro*. Y esa misma gloriosa enseña fue adoptada el 16 de Julio de 1811 por el Congreso Constituyente de la República hermana de Venezuela.

El Congreso de Cúcuta dispuso en 1825 seguir usando esos mismos colores.

En 1834, después de varios proyectos, se ordenaron los colores rojo, azul y gualda, colocados verticalmente.

Tocó sancionar esta ley al Hombre de las Leyes y Padre de la Patria, Gral. Francisco de Paula Santander.

Esta misma Bandera fué decretada por el Congreso en tiempos de la Administración del Dr. Mariano Ospina Rodríguez, en Mayo de 1858.

El Gral. Tomás Cipriano de Mosquera decretó para los Estados Unidos de Colombia la siguiente Bandera: En fajas horizontales el amarillo arriba y de doble magnitud, azul en el centro y rojo abajo.

Es esta la que actualmente se usa en la República de Colombia, nombre que dió a nuestra Patria la Constitución de 1886.

Tal es, a grandes rasgos, la historia de la Bandera que tremoló victoriosa en el Bárbula y recibió entre sus pliegues el cadáver del Coronel medellinense Atanasio Girardot, el 30 de Septiembre de 1813; la que ascendió en jirones con el mártir de la libertad Antonio Ricaurte, entre espirales de humo, en el memorable campo de San Mateo, el 25 de Marzo de 1814; la que onduló libre y triunfante sobre el Puente de Boyacá, cuando el Libertador Simón Bolívar y su invicto compañero Francisco de Paula Santander, sellaron la emancipación de Colombia con esa memorable batalla el 7 de Agosto de 1819; la que cobijaba bajo sus pliegues la egregia figura del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, cuando hizo morder el polvo a los ingratos y falsos descendientes de Atahualpa en el Portete de Tarqui, el 27 de Febrero de 1829; y para hacer propias las palabras de Quijano Otero, la que tuvo uso de razón en el histórico Puente de Boyacá; la que lució sus primeras galas en Carabobo; la que al calor del fuego de Pichincha y al ardor del combate librado en sus laderas, se levantó robusta para la lucha de Junín y apercebida para el duelo a muerte de Ayacucho.

Jose J. Zapata A.

Del Libro *Cartera Patriótica.*

FREDONIA

En una monografía en preparación sobre mi tierra natal, que aparecerá Dios mediante, en seguida de la *Historia de la Instrucción Pública en Antioquia*, estudiaré el movimiento intelectual, administrativo, comercial y agrícola de Fredonia, y así como en el campo histórico tomaré el asunto desde las tribus indígenas de Pueblo Blanco y Sinifaná, que pacificó el Capitán Rodríguez de Sousa, infortunado compañero de Robledo en la loma de Pozo, en donde la envidia sació su sed y llenó sus fauces hambrientas la crueldad con víctimas que la historia ha magnificado, procuraré agotar la génesis del nombre de Fredonia, que se dió en 1830 por el Gobernador de la Provincia D. Alejandro Vélez Barrientos al lugar desde 1790 conocido con el nombre de Guarcitos.

Y no porque yo busque en la "ciencia de la verdad", que, según parece, eso quiere decir *etimología*, la solución incontestable de un difícil problema, pues, como probado lo tengo en otro lugar, en la formación de palabras no siempre corresponde el compuesto a sus componentes y muchos nombres significan, ya sea por error, por capricho o por antífrasis, lo contrario de lo que da su etimología, que, como dice D. Marco Fidel Suárez, no es "sino una región poseída de fantasías y ficciones, graciosas a veces y a veces ridículas.

Es el caso que los fredonenses vivimos muy pagados del nombre de nuestra amada arruga de montaña, que hasta hace poco se creía sugestivo de libertad, raíz y espuma de la civilización que allí florece al esfuerzo indomable de sus hijos, vivificado por el amor y por la fe; y con el significado de *tierra de libertad* o de *hombres libres* es probable que le hubiera dado su nombre el Sr. Vélez Barrientos, enamorado como era de la libertad y de las cosas de Inglaterra, tal vez por indicación, como piensan algunos, del notable ingeniero inglés Mr. Tirrell Moore, prócer del progreso de Antioquia, pues el inglés *freedom* se traduce por libertad y por libre, *free*, y tal significación ha sido repetida por el sabio Uribe Angel y por varios historiadores y socorrida por muchos de mis pai-

sanos para cohonestar liviandades que más se parecen a desenfreno que a libertad de seres racionales.

Pero siempre encontraba una laguna insalvable en la explicación de tal significado, y por más que forzaba las cosas persistía la duda, que se acentuó mucho más con la lectura de una erudita carta del Dr. Antonio José Restrepo sobre la publicación de las obras de Zea, en la cual me encuentro con una digresión sobre el agotamiento del santoral en los nombres de nuestras poblaciones, con excepciones tan simpáticas como Fredonia, que significa *tierra* o *lugar de paz*, de *fred* que en inglés es paz, y la terminación *onia* que tierra sugiere, como en el caso de Jonia, Ausonia, etc.

Sin embargo, es mi costumbre no aceptar a humo de pajas ésta clase de afirmaciones, y me di a repasar diccionarios ingleses en infructuosa requisa de la palabra *fred*, hasta que di con *Webster's Dictionary*, obra monumental y una de las mejores en su clase, que siempre será consultada con provecho por los aficionados a esta clase de disciplinas, pues da mucha luz para estudio comparativo del léxico castellano cuando la respectiva palabra inglesa es de las que tienen latina estirpe: pues bien, en aquel fundamental diccionario se halla *fred*, con significación de paz y se dice que en danés es igualmente *fred*, *frid* en sueco y concluye: *word used in composition, especially in proper names, as Alfred. etc.*

Resuelto así satisfactoriamente el primer punto, sin necesidad de variaciones fonéticas que resultan forzadas, no me sentía bien seguro en lo de la terminación hasta que se me vino como una llamarada la palabra *colonia* que o mucho me engaño, o significa tierra o campo cultivado, de *colo* y *onia*, terminación ésta que se halla en palabras griegas y latinas. De donde puedo afirmar, sin género de duda, que Fredonia significa *tierra o campo de paz*.

Nada tienen que lamentar mis conterráneos por esta conclusión, estupenda para mí, pues si gran cosa es la libertad, facilísimo es el abuso de ella cuando mal se la entiende y sólo se alcanza plenamente bajo los auspicios de la paz, pero la paz soberana, que de lo contrario sería abyección, la paz fecunda, a la cual de hoy más entonará nuestro pueblo viril, con Aristófanes, diaria sa'uta-

ción: "Salve, deidad querida. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú eres el único sostén de los que viven cultivando la tierra, nuestro pan cotidiano, nuestra salud y nuestra vida."

JULIO CÉSAR GARCÍA

CORRESPONDENCIA

Sociedad de Mejoras Públicas.—Medellín, Junio 25 de 1919.

Sr. Dr. Eduardo Zuleta.—*Presente.*

Tengo el honor de comunicar a Ud. muy respetuosamente que la Sociedad de Mejoras Públicas que tengo la honra de presidir se ha impuesto con sumo gusto de los interesantes escritos que sobre puntos históricos ha tenido Ud. la fineza de dedicarle; y con tal motivo ha resuelto comisionarme para que dé a Ud. muy rendidos agradecimientos por el honor que con ello se le dispensa, y para que excite a Ud., de la manera más comedida y con el mayor encarecimiento posible, a que continúe Ud. en su obra de culturización que es para Antioquia de trascendental importancia.

Con sentimientos de distinguida consideración y aprecio me suscribo de Ud., atento servidor,

CARLOS TORO VILLA,
Presidente.

Número 1528.—República de Colombia.—Academia Nacional de Historia.—Secretaría.—Bogotá, Julio 25 de 1919

Sr. Académico Dr. Eduardo Zuleta.—*L. C.*

SEÑOR:

Esta Academia ha designado a Ud. para que lleve la palabra en elogio del historiador Restrepo en Junta Pública y solemne en la noche del 10 de Agosto próximo.

La Corporación ha tenido en cuenta que Ud. es el actual Presidente de la Academia de Historia de Antio-

quia; que es autor de apreciables trabajos sobre el prócer historiador Restrepo, y que es reconocida su idoneidad y competencia como académico, publicista e historiador.

En la confianza que Ud. aceptará esta designación, para inaugurar con sus palabras el primer retrato de la galería de historiadores, hago conocer de Ud. lo acordado por el Instituto.

Con sentimientos de alta consideración soy de Ud. atento servidor y colega,

PEDRO M. IBÁÑEZ

Calle 17.--133.

— — —
Manizales, Octubre 12 de 1919

Sr. Dr. Eduardo Zuleta.—*Medellín.*

Muy estimado amigo y colega:

Hace algunos días, quizá desde que empezó a publicar sus datos históricos, estoy por escribirle para felicitarlo por los servicios que presta a la historia del País, en una forma que no podrá cansar a nadie y que conserva los nombres de individuos que han dado verdaderos pasos de progreso en nuestra tierra, pero a quienes no se recuerda porque no han hecho tronar las tribunas de nuestro parlamento. Hoy lo felicito por eso y por las dos nuevas palmas académicas que ha agregado a las ya antiguas y muy bien llevadas que tenía.

La semblanza del Sr. Restrepo si por algo peca es por lo corta y quizá por no haber hecho Ud. hincapié en la labor científica que realizó el colaborador del "Semana-rio de la Nueva Granada", trazando la situación económica, etnográfica, geográfica e histórica de nuestra Provincia antioqueña.

Pero vuelvo a decir a Ud. que me encanta verlo desenterrar los nombres de los que trajeron los primeros pasos y salvar del olvido a los modestos pero efectivos factores del progreso. Tras de los primeros que enseñaron química, seguirán los que enseñaron mecánica y mampostería y minería por sistemas científicos y muchas cosas más. Un día de los que vienen le enviaré a Ud. una traducción

que hice de las memorias de J. B. Boussingault (que no son las que tradujo el Coronel Joaquín Acosta), para que vea los trabajos a que se daba entonces ese ilustre viajero entre nosotros.

Deseo que su pluma continúe muy activa para solaz de quienes lo hemos leído siempre con gusto.

Su amigo y discípulo

EMILIO ROBLEDO

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

RESUMEN DE LAS ACTAS DEL 12 DE OCTUBRE DE 1918
HASTA HOY

Se ha reunido la Academia seis veces durante el año, con una asistencia media de 10 de sus miembros.

En la sesión del 12 de Octubre de 1918 se hizo la elección de nuevos dignatarios, quedando constituida la Comisión de la Mesa así:

Presidente, Dr. Eduardo Zuleta.
1er. Vicepresidente, D. Camilo Botero G.
2º Vicepresidente, Dr. Julio C. García.
Secretario, Carlos A. Molina.

En la actualidad forman el personal de la Academia los siguientes señores:

Individuos de número.

Dr. E. Zuleta.
D. Tulio Ospina.
Dr. Carlos E. Restrepo.
Dr. Andrés Posada Arango.
Dr. Juan B. Montoya y F.
Pbro. Dr. Ulpiano Ramírez.
Dr. Clodomiro Ramírez.
Dr. Obdulio Palacio.
D. Bernardo Mejía E.
D. Ramón Correa.
D. Alejandro Barrientos.
D. Estanislao Gómez B.
D. Gabriel Latorre.

D. Tomás Cadavid.
 D. Camilo Botero G.
 Dr. Julio C. García.
 D. Gabriel Arango.
 D. Julio Restrepo Laverde.
 D. Carlos A. Molina.
 D. Sebastián Hoyos.
 Dr. Fernando Vélez.
 D. Benjamín Tejada C.

Miembros correspondientes.

Dr. Eusebio Robledo.
 D. Aureliano Jaramillo F.
 D. Rufino Gutiérrez.
 D. Emiliano Isaza.
 D. J. Henry White.
 D. Francisco de P. Martínez.
 D. Marco Fidel Suárez.
 D. J. D. Monsalve.
 D. Max. Grillo.
 D. Bonifacio Vélez.
 Dr. Antonio José Restrepo.
 D. Antonio Rubio y Lluch.
 D. Laureano García Ortiz.
 D. Antonio José Uribe.
 Pbro. Gonzalo Uribe V.

Han muerto los Académicos Sres. Fidel Cano, Manuel A. Lalinde, Januario Henao, Bartolomé Restrepo, Francisco de P. Muñoz y José M^a Mesa Jaramillo.

Por medio de su Presidente, la Academia se hizo representar en las Fiestas Centenarias del 7 de Agosto en el Puente de Boyacá y en Bogotá.

En la sesión del 26 de Marzo pasado resolvió la Academia continuar la interrumpida publicación del

“Repertorio Histórico”

su órgano de publicidad y nombró a los Sres. Dr. Julio C. García, D. Julio Restrepo Laverde y D. Carlos A. Molina para constituir la Junta de Redacción, con la activa cooperación del Sr. Presidente de la Academia.

De entonces a hoy se han publicado 7 números que contienen los siguientes trabajos:

Reseña histórica del homenaje nacional a D. Mariano Ospina en su Centenario, por E. Gómez B.

Honores póstumos al General Herrán, por el mismo autor.

Discurso leído en la sesión solemne con que la Academia Antioqueña de Historia conmemoró el 12 de Octubre.

El Historiador Restrepo, por E. Zuleta.

El Maestro del Libertador, por el mismo.

De Historia, por el mismo.

Impresiones en San Pedro Alejandrino, por Carlos A. Molina.

Blasones de Medellín, por E. Gómez B.

Disertaciones sobre los indígenas de Occidente, por Juan H. White.

La revolución del General Córdoba, por Hermenegildo Botero.

Documentos alusivos a la Independencia de Antioquia.

Discurso pronunciado por el Dr. Carlos E. Restrepo el día del homenaje nacional al Dr. M. Ospina R., en nombre de la Academia de Historia.

Apostillas, por J. Restrepo Laverde.

Medellín y su temperatura, por Andrés Posada A.

Cilindros de impresión de nuestros aborígenes, por J. B. Montoya y F.

El primer Maestro de Escuela de Medellín, por Alejandro Barrientos.

Datos históricos, por Ed. Zuleta.

¿Dónde nació el Dr. J. Félix de Restrepo?, por J. Restrepo Laverde.

Correspondencia del General Herrán con el Dr. Ospina R.

Servicios del Dr. M. Ospina R. en Guatemala, por E. Gómez B.

Antioquia en la Guerra de la Independencia, por el mismo.

Ensayo sobre los obreros de la Independencia que actuaron en la Provincia de Antioquia, por J. Restrepo Laverde.

D. Juanuario Henao, por Tomás Cadavid.

Cartera Patriótica, por E. Zuleta.

Breves consideraciones sobre la Nueva Granada, después de Boyacá, por E. Gómez B.

Bolívar y el Papa. Carta al Sumo Pontífice.

María al través de nuestra historia, por Julio C. García.

Desilusiones de Bolívar, por Bernardo Puerta.

Nueva información, por J. Restrepo L.

Elogio de D. José Manuel de Restrepo, por Eduardo Zuleta.

Datos históricos, por el mismo.

Sobre el primer Maestro de Medellín, por Julio C. García.

Boyacá, por el mismo.

Apoteosis de Bolívar, por Tomás Cadavid R.

Historia, por el mismo.

El Clero de Oriente y su participación en la vida pública, por el Pbro. Ulpiano Ramírez.

Imprevisión, por Francisco A. Uribe M.

Crónica historial; por Domingo A. Riaño.

—

Como puede verse por el contenido de las entregas y por las actas que allí se han publicado, la Academia se ha ocupado en el estudio de los asuntos históricos relacionados con la general del país y muy especialmente de la especial de Antioquia, no sólo en lo que se refiere a los acontecimientos que guarda la historia en sus páginas sino de todos aquellos hechos que de alguna manera, al parecer insignificante, han influido en el progreso y para honra de la Montaña.

Con esta sesión solemne la Academia celebra la Fiesta de la Raza, según la costumbre de todos los países Hispanoamericanos.

Medellín, 12 de Octubre de 1919.

El Secretario de la Academia,

Carlos A. Molina

EXTRACTO

del Acta de la sesión del 6 de Noviembre de 1919.

Proposiciones aprobadas :

“La Academia Antioqueña de Historia consigna en el Acta de este día su profundo sentimiento de dolor por la desaparición del docto y diligente historiador D. Pedro M.^a Ibáñez, quien falleció en Bogotá, después de una vida que fué ejemplo de laboriosidad y que consagró, casi en absoluto, al cultivo de nuestra fecunda y gloriosa historia nacional, la que enriqueció con sus notables y eruditas *Crónicas de Bogotá*, brillante obra en que lucen las altas dotes de investigador y el elevado y recto criterio que distinguieron al ilustre muerto.

Copias de esta proposición serán enviadas a la Academia Nacional de Historia y a la familia del finado”.

—

“La Academia Antioqueña de Historia felicita muy efusivamente a los jóvenes Fernando Gómez, Eduardo Vasco y Antonio Molina U. quienes fueron premiados en el Concurso que abrió el Consejo de la Universidad sobre ‘consecuencias de la Batalla de Boyacá’ y los estimula para que continúen cultivando las nobles disciplinas históricas. Comuníquese”.

—

“Nómbrase miembros correspondientes de la Academia Antioqueña de Historia a los Sres. Pbro. D. Roberto Jaramillo y D. Juan José Botero y de número a los Sres. Pbro. Prudencio Llona, Dr. Francisco A. Uribe M. y Dr. Jesús A. Hoyos. Comuníquese”.

—

“Nómbrese una comisión—que se renovará cada dos meses—encargada de anotar en forma de crónica sencilla los acontecimientos más memorables que ocurran en el Departamento”.

Para los meses de Noviembre y Diciembre se nombró al Dr. E. Zuleta y para Enero y Febrero al Sr. Julio Restrepo Laverde.

